Historias de San Luis: de gentes y de leyendas

Jorge O. Sallenave

GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

SAN LUIS LIBRO

GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1°: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.

SAN LUIS LIBRO
ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Historias de San Luis: de gentes y de leyendas

Xxxxxxxxxxxx . - 1a ed. - San Luis : SLL -
San Luis Libro, 2013.
90 p. ; 18x25 cm.

ISBN 978-987-1787-29-6

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Título
CDD 863

Fecha de catalogación: 03/02/2012

Es una publicación de San Luis Libro, organismo dependiente del Ministerio de Turismo y Las Culturas

1º Edición
© 2013 San Luis Libro

Diseño y Edición
Área Diseño y Comunicación. Grupo Payné S.A.

Tirada 1000 ejemplares
ISBN 978-987-1787-29-6

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor.

Historias de San Luis: de gentes y de leyendas

Jorge O. Sallenave

SAN LUIS LIBRO

Índice

Jorge O. Sallenave

Historia de San Luis: de gentes y de leyendas 11
Vecinos de cuadra.....13
El aprendiz.....23
La hendija.....39
Años de vacas gordas.....61
El campeón.....77

Historias de San Luis: de gentes y de leyendas

Jorge O. Sallenave

Nació en San Luis en la década del cuarenta. Sus estudios primarios y secundarios los realizó en la Escuela Normal "Juan Pascual Pringles" y Colegio Nacional "Juan Crisóstomo Lafinur". Se recibió de abogado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Su vínculo con las letras lo inició de adolescente. Viviendo ya en Capital Federal de la República Argentina mientras cursaba la carrera, colaboró como guionista en las Editoriales Columba, Dante Quinterno, La Hipotenusa, entre otros. Al mismo tiempo fue guionista de radio y televisión. Desempeñándose en Radio Rivadavia, Municipal, Excelsior. Ya recibido regresa a la provincia donde ejerce en forma particular y en diversas instituciones.

Dedicado a su tarea que más lo apasiona, escribir, publica por Editorial Galerna varios libros de cuentos y novelas. Así nacen: *Tréboles y Diamantes, El Viento que viene del Sur, El Club de las Acacias, Elvira de Lesbene, Una Niña de Doce Años, La Quinta, De Tantos no puede ser se va la vida* y otras. Por Editorial Aldaba

publica: *Cuentos de Pago Chico, Cuentos de Humor*. El Diario de la República le publica varias de sus obras. San Luis Libro le edita dos novelas al cumplirse el Bicentenario de la Revolución de Mayo. Ha colaborado en revistas y diarios.

Ha sido seleccionado en las Convocatorias Provinciales: "Historias y Ficciones de los Pueblos Puntanos" e "Historias del Deporte en San Luis", realizado por el Programa San Luis Libro, dependiente del Ministerio de Turismo y las Culturas, del Gobierno de la Provincia de San Luis. El resultado de esos trabajos seleccionados se reúne en esta publicación.

Vecinos de cuadra

Muchas veces pienso que cada cuadra de San Luis debería tener un escritor que recopilara los nombres de los vecinos para que tengan un chiquito de eternidad cuando ya no estén.

Por lo menos, así me digo, ese escritor debiera narrar lo sucedido en la cuadra cada treinta años. Se puede objetar el lapso fijado porque existen familias que habitan el mismo lugar por mayor tiempo. Respondo que sí, que el plazo es antojadizo, pero sé que la vida de las personas es cambiante y me conformo con un inventario treintañal. La idea no hace furor entre mis colegas que prefieren volcar sus esfuerzos en obras de ficción, biografías o poemas románticos. La conclusión es simple, no habrá inventarios vecinales por dos motivos: no toda cuadra tiene un escritor y la tarea que propongo no le interesa a la mayoría. En general se deja en manos de cada familia llevar su propia historia a través de relatos o de fotografías. De tal forma que cuando los más viejos fallecen dejan sus relatos o se los recuerda con variantes que deforman la realidad. Por supuesto las fotografías se ajan, se vuelven amarillas o se rompen.

Como soy testarudo me dispongo a enumerar los vecinos que acompañaron mi infancia y mi adolescencia en la calle San Martín, entre Junín y Pedernera, entre los años 1950-1962. Adelanto, corresponde que lo haga para evitar roces, que la memoria a esta altura de mi vida se desordena y deja escapar datos. Es posible que me olvide de algún nombre, de circunstancias o de hechos, aun así está escrito, es mucho más de lo que esas personas tienen ahora y según mi afirmación tendrán presencia en este nuevo siglo.

¿Por dónde comienzo?

Por las dos esquinas que se forman por el cruce de las calles San Martín y Junín. La del este estaba ocupada por tienda Los Dos. De los negocios no hay gran cosa para contar. El gerente se llamaba Cibrián y en ese entonces era el comercio que más vendía. Lamento recordar que en esa esquina se incrustó una autobomba que iba a sofocar un incendio, una mujer embarazada muerta y las vidrieras destrozadas.

Mejor me traslado a la esquina que da al oeste. Una estación de

servicio con un chalet en el centro, donde se encontraban los surtidores de nafta y un playón amplio. Allí pude asombrarme con Moby Dick, una inmensa ballena embalsamada que por algunos meses fue la atracción del pueblo. Por el año 1954, más o menos, la estación cambió de dueño. Ahí se instaló el campeón argentino de Turismo de Carretera: Rosendo Hernández. Por si no recuerdan la hazaña, repito. En San Luis, Rosendo Hernández, que había aprendido a manejar en los ómnibus de su padre, que cubrían el peligroso camino a Carolina por el año 1940, fue un gran corredor. Participó en infinidad de carreras incluida la extensa prueba Buenos Aires-Caracas. Fue en el año 1952 que logró su éxito más resonante. Como dije ganó el Campeonato Argentino venciendo a ídolos como Oscar y Juan Gálvez. Regresemos a la esquina. Este hombre consiguió la representación de las motos Puma y de los rastrojeros para la provincia de San Luis. Los puntanos de parabienes porque ambos productos se vendían como agua en el desierto. Más si se tiene en cuenta que el Gallego, así se lo llamaba al campeón, era de dar crédito sin muchas exigencias.

Total que he dado punto inicial a la cuadra. Sólo para ubicación porque ni Cibrián ni Rosendo Hernández vivían allí. Su presencia era transitoria y comercial.

Para ser ordenado tomaré los habitantes de la vereda este. Me permito reiterar que cometeré olvidos por demás justificados porque me refiero a personas que vivían en la cuadra 50 años atrás.

Al lado de la tienda Los Dos (hoy casa Galver) se alzaba una antigua casa que pertenecía a la señorita Franzini.

Un paréntesis necesario. En esa época la conducta humana era distinta. Otros códigos, como se dice en la actualidad. Esa forma de ser se reflejaba en costumbres que de a poco han desaparecido. Sin pretender hacer una enumeración completa, traigo los siguientes ejemplos. Se tenía confianza en el prójimo. Este hecho llevaba a la comunidad a no cerrar las puertas con llave. Los edificios se construían con una puerta principal al ingreso, colindante con la vereda, después un pasillo y una puerta cancel por la que se accedía a la casa propiamente dicha, que solía tener habitaciones en "chorizo" con galería al frente y un patio de tierra con flores, parral, canteros. En esa seguridad que nadie ponía en duda, la puerta de calle,

como dije, se mantenía sin llave. Como aún era tiempo de lecheros que repartían en jardinera o carro, la lechera se colocaba en el pasillo. Incluso algunos la dejaban en el escalón que precedía a la puerta principal, sabiendo que no se encontrarían con novedades al día siguiente. Noches de verano donde las familias, en especial los mayores, se sentaban a tomar fresco en las veredas. Épocas en que mantener la honra pública era un deber insoslayable. Que los problemas personales se mantenían puertas adentro. Que ser maestro o profesor significaba un rango superior dentro del respeto social. Sin agotar las infinitas diferencias concluyo con recordar que el dinero no tenía mayor importancia y el consumismo era nulo. Se era buena o mala persona. No existían otras categorías.

La señorita Franzini, de quien hablábamos cuando hice paréntesis, era profesora de matemáticas, vestía preferentemente de negro, delgada, creyente y poco comunicativa, sin que por eso se notara un rechazo personal a los otros vecinos, que sabían de su integridad y rectitud. Supongo que era soltera pero por su luto permanente pudo ser viuda. No lo recuerdo.

En la casa siguiente se instaló un joven odontólogo: Lido Borghi. Tipo simpático que en muy poco tiempo formó una gran clientela. Este hombre y su familia adquirieron después un terreno a mitad de cuadra donde construiría su casa y consultorios. Flaco, con incipiente calva, grandes bigotes y unos ojos de mirar atento y comprensivo.

En la siguiente vivía "La Chancha", sobrenombre de mal gusto puesto por los alumnos de la Escuela Normal de Varones, dado su obesidad que se remarcaba por la baja estatura. Este señor Bianchi se dedicó intensamente a la educación. Llamaba su atención que aun en días de calor llevaba puesto un sobretodo gris. Para mí se parecía al actor norteamericano Charles Laughton.

Un paso más y visitamos la estrecha casa de un personaje político reconocido. Todos le decían Chicha. Luchadora incansable dentro del radicalismo. Chicha Quiroga era desprolija en el vestir y mantenía el pelo enmarañado. Vivaz para el diálogo y con cierta facilidad para montar en cólera si se hablaba de sus opositores políticos.

Llegamos a la pensión Balmaceda. Así el nombre de la familia que

alquilaba el inmueble a uno de los hermanos Furnari. Familia grande y con gran apego al folklore. Aníbal y Lucho eran habituales ejecutores de zambas y gatos. Lo curioso es que Lucho, de una bondad fuera de lo común, se fue quedando sordo sin que esta incapacidad lo alejara de la música. Las hermanas se dedicaban a atender junto a su madre la pensión. El grupo, grande, hay hermanos que he olvidado, tenían un trato social intenso.

Otro de los hermanos Furnari era propietario de la casa siguiente, que alquilaba a una familia López, de quien no tengo memoria, salvo de la madre que tenía carácter fuerte con los niños que iban a pedir la pelota de fútbol que cayera en el patio producto de un puntapié sin dirección.

Creo que esta familia subalquilaba a un talabartero el garaje de la propiedad. Un morocho simpático, de sonrisa compradora y de ojos, cómo puedo decirlo, de mirar alegre, confianzudo e intencionado.

Pasé por alto, menos mal que recordé, que en esa zona vivía una familia Ruiz cuyo hijo era compinche mío. Hacíamos barriletes, arcos y flechas y nos gustaba conversar.

Sigo. Lindando con el talabartero existía una casa de dos pisos, con fondo amplio. Con dos salones al frente. Uno ocupado por la farmacia Santa Teresita y el otro por un negocio para niños de nombre Babyland. La familia vivía en la planta alta. La madre de apellido Folch, era una de las primeras farmacéuticas de la ciudad. La hija, estudiante de piano, reiteraba hasta el cansancio Para Elisa y escalas. El padre era copropietario de un negocio ubicado en calle Rivadavia "Vulcain". Al hijo se le metió entre ceja y ceja ser escritor. En el fondo existían frutales, huerta y gallinero. El inmueble había pertenecido a un reconocido médico. El doctor Paladini.

Adelante. La galería Sananes, cuyo nombre pertenecía al propietario que conjuntamente con el ingeniero Jorge Benzaquén la construyeron.

A Sananes le decían Moncho, un *bon vivant*. Benzaquén, de origen judío, era hijo del propietario del Trust Ropero, tienda importante sobre calle Rivadavia. Este ingeniero con el tiempo construiría el Gran Hotel San Luis y participaría en instituciones sociales importantes. A continuación de la galería Sananes, Lido Borghi construyó casa y consultorios como lo mencioné.

Llegamos a la esquina. Dos casas de gran tamaño. Una de una sola planta, la otra de dos, con salón. Pertenecían a la familia De la Mota. Familia también numerosa, donde destacaban un conocido caudillo el abogado Horacio de la Mota, un ganadero Tuco de la Mota, dos hermanas: Tránsito, mujer de porte grande, con piernas gruesas, soltera, que manejaba con cierta solvencia un Rambler negro, que solía guardar, nadie se explicaba cómo, en la estrecha cochera sobre la calle Pedernera. La otra, se me ha desvanecido el nombre, quizás el sobrenombre fuera Rubia, que atraía la curiosidad de los niños, porque escuchaban de los grandes que el pelo bien peinado y con rodete era en realidad una peluca. Había otro hermano varón, escribano, que ya no vivía allí, porque se había casado con una señora Lorenzini, excelente y luchadora mujer que decidió completar sus estudios de grande, decisión que muchas personas no entendían dado que era propietaria de campos y conjuntamente con el hermano poseían una fortuna importante.

Entonces no se consideraba lógico que una señora, con un buen matrimonio, posición acomodada, se dedicara al estudio. Ella se lo puso como objetivo y lo logró, hasta obtuvo un diploma de capacidad en francés. Me fui de la cuadra. Regreso con Horacio de la Mota, buen profesional pero mejor caudillo político. Lomo negro como se decía entonces. Fue Ministro de Economía de la provincia de San Luis, entre otros cargos. Elocuente y sagaz. Como hecho vecinal se recuerda que en esa época colocaron un artefacto explosivo en la ventana del estudio ubicado en planta baja. La explosión se produjo a la madrugada y los vecinos fueron a ver qué había ocurrido, algunos de ellos en paños menores. No hubo daños, sólo una mancha negra en la persiana. En ese grupo familiar, también tenían cabida una señora anciana, con un trato de ángel, suave, alentador, susurraba, y una jovencita de crianza Sarita o Rosita si no me equivoco. Ambas dedicadas a la religión católica. En el salón del edificio de dos plantas se inició farmacia Santa Teresita, que después se trasladaría a su edificio propio como lo conté. ¿Qué hacía Tuco? Se dedicaba al campo y vestía siempre con elegantes botas, bombachas criollas de color blanco, pañuelo de color anudado al cuello. Él nos sirve de puente para trasladarnos a la vereda del oeste. Don Hissa

había construido en la esquina del frente un salón con departamento familiar en el primer piso. Hablar de Hissa requeriría cientos de páginas pero como no era vecino evito esa inmensa tarea. Diré que una familia de apellido Suaiter, alquiló el departamento. El padre se desempeñaba como empleado del Banco Nación Argentina. El matrimonio tenía una hija, (creo que su nombre era María Elena) de una belleza llamativa. Hubo noviazgo y posterior casamiento entre ella y Tuco de la Mota.

Y bien, estamos en la vereda oeste y empezaremos a desandar el camino que nos llevará a la estación de servicio en el otro extremo.

La bicicletería pertenecía a un hombre alto, musculoso, de tez blanca, cabello rubio, ojos celestes, bonachón, poco instruido, solidario. Así era Raúl Mitchel. De origen mercedino, se instaló en San Luis con una bicicletería que era la atracción de los niños porque allí, en forma gratuita, el hombre emparchaba las cámaras pinchadas y les regalaba rulemanes para los autitos de madera que construían. La bicicletería todavía existe, a cargo de una de sus hijas. El matrimonio de Mitchel con Carbonell tuvo tres niñas. La mayor era Tota, la segunda Ana María y la tercera Teté. Ese hombre que de niño fue lustrabotas y corredor de bicicletas en Mercedes, se aquerenció en San Luis y era considerado por los puntanos.

Colindante una casa de dos plantas. Bien construida. La habitaba un bioquímico con su esposa. De apellido Pascal. Los niños de la cuadra le temían. Tenía mal carácter y solía discutir con su esposa. Como mantenía la ventana del laboratorio abierta, los gritos se escuchaban desde la calle. Su figura era extraña, semicalvo y el escaso cabello parece que desconocía la existencia del peine y se mostraba enredado, con mechas que se erguían como si recibieran una permanente corriente eléctrica. Usaba un delantal blanco y para mi ver debía ser un científico malhumorado, preferentemente físico (esto lo inventaba yo, que me gustaba mirar por su ventana abierta el laboratorio, la infinidad de frascos con drogas, muchos tubos de ensayo, retortas, alambiques y otros aparatos). No era dado a hacer sociales y con los vecinos sólo cruzaba un saludo desganado.

Poco sé de esta familia porque de un día para otro dejaron la casa, que poco tiempo después ocupara un abogado, sociable, con un vestir y modo de hombre de campo. Persona que practicaba una amistad franca.

Conciliador por excelencia. Hablo del doctor Pueyo Murillo que también trabajaba con ventanas abiertas acompañado por un secretario de apellido Herrero y otra empleada cuyo nombre no recuerdo. Se dedicaba preferentemente a sucesiones y era infaltable en la feria ganadera. Junto a él se inició un joven abogado de apellido Sergnese que ocupara cargos políticos importantes, trabajador incansable, pero si sigo por esta línea me escapo de la década que recuerdo.

Las dos siguientes casas, idénticas en sus fachadas, creo que fueron construidas por un dentista de apellido Ciporkin, que habitó una de ellas poco tiempo.

Los propietarios a tener en cuenta, siguiendo el recorrido de norte a sur fueron Alberto Villegas y José Herrera.

Alberto Villegas casado con Luisa Cantisani, por lo menos así lo recuerdo, tuvo dos hijos. El varón también llamado Alberto y una niña a quien se la conocía como Taty. Con este sobrenombre poseía un negocio en la ahora peatonal: Joyería Taty y continuando con sobrenombres a don Villegas se le decía Tobeto y a su hijo Tobetito. Ambos eran de escasa estatura y si en esos años hubiera existido el desarrollo científico actual podría asegurarse que la gente los conocería como los clones. Idénticos. Pelo rizado, nariz roma, ojos verdes, igual tono de voz, ambos con sobrepeso, simpáticos, con risa desfachatada. Taty era diferente, nerviosa, movediza, delgada y con cierta timidez que a veces se expresaba en malhumor. Luisa, la madre, muy gorda, femenina, cordial, era la mujer indicada para estar al lado de Tobeto. Porque a don Villegas le gustaba reunir a amigos todos los días, en especial de noche, donde ofrecía cenas de calidad, para después jugar a los naipes, y era Luisa, excelente ama de casa, que se tomaba el trabajo para que los invitados se sintieran cómodos.

Don José Herrera, ocupaba la casa gemela. Hombre de campo, igual que su señora, le apasionaba la política. Ocupó algún cargo importante. Doy fe que fue diputado. Ahorrativo, de pelo blanco, voz ronca y desprolijo en el vestir aunque él creía lo contrario. El matrimonio tenía una hija: Perla. Estudiosa, se recibió de bioquímica y cuando los vecinos suponían que se quedaría soltera se casó. El elegido fue Trifiletti, un tipazo como dirían los jóvenes. Su familia tenía una embotelladora de

soda y él se encargaba del reparto. Con tantas vueltas por el barrio, Perla aprendió a conocerlo y valorarlo. Hoy en día sigue viviendo en la misma casa. Murieron sus suegros y Perla. De la unión quedó un hijo que sigue a su lado y nietos.

Ahora ingreso en las dos o tres casas siguientes. Temo que si me ha fallado la memoria en los relatos precedentes aquí será zona de mayor extravío.

En las casas vivían varias familias emparentadas ente sí, de mucho peso en la pequeña ciudad. Empiezo por los más antiguos: San Juan y señora. Matrimonio ejemplar. De ellos recuerdo poco. En primer lugar diré que el viejo San Juan fue fundador del cine Opera que estaba ubicado en los terrenos que ahora pertenecen a los propietarios del Casino Golden, en calle San Martín, entre Ayacucho y Belgrano. El matrimonio rompió la rutina vecinal porque hizo un viaje a Europa. Antes que eso ocurriera circulaba un chusmerío en baja voz. Se decía que San Juan, hombre educado y con ganas de llegar lejos, allá por los años cuarenta vio una oportunidad en la compra de marcos alemanes.

Terminada la guerra los marcos quedaron sin valor y él utilizó los billetes para empapelar el dormitorio. Quizás esto no ocurrió. Además como no pertenece a la década que me ocupa, lo dejo de lado. Una de las hijas se casó con Jaime Canta, quien explotó por muchos años el cine Opera. Progenitor a su vez de Jorge Canta, quien tiene una especie de tropilla de autos antiguos.

También ingresaron al grupo familiar, dos personas conocidas: el doctor Gardella y Acosta.

Me detendré un segundo con Gardella, médico dedicado a la pediatría, reconocido en el país, instaló a mitad de cuadra un instituto infantil.

Un hijo de Acosta construyó un inmueble de dos plantas con salón en planta baja.

Diría que ese gran grupo familiar era el motor de la cuadra y no recuerdo que alguna vez actuaran o tuvieran una conducta reprochable.

Llegamos a la última casa antes de la estación de servicio. La ocupaba un personaje que ya había ganado la historia en vida. Para mí era un

anciano encantador. Don Jofré le llamaba yo. Las paredes de su casa estaban tapizadas por bibliotecas repletas de libros. Él solía invitarme a conversar. Me pregunto cuál era la gracia de hablar con un chico de diez años. Y no sólo hablar, porque solía buscar un libro y leerme diferentes cosas que yo a veces entendía y otras no, pero aprendí a preguntar ¿qué quiere decir? Entonces él explicaba y si era necesario se ayudaba con otro libro.

En fin, estos eran los vecinos de mi cuadra.

¿Qué sucedió con los años? El correo hizo desaparecer la estación de servicio y parte de la propiedad de San Juan. La casa de la señorita Franzini es ahora un local. Como parte de la propiedad del Dr. Horacio de la Mota, existe la firma que se llama Cardón. La gran propiedad de Pueyo Murillo posee varios locales en planta baja. Tanto Trifiletti como Villegas nieto, apostaron también a locales para alquilar. En donde vivía el Dr. Paladini, López y Balmaceda, se construyó un hotel. La pequeña casa de Chicha Quiroga la ocupa la Defensoría Federal. Por supuesto que hubo otros cambios, pero es mucho esfuerzo seguir apuntándolos.

Como final debo dejar constancia que esa vecindad tan fraterna, se extendía en calles laterales. Por ejemplo, por Pedernera estaba la vivienda de don Fausto Azurra, un caudillo radical. En la misma calle pero pasando San Martín vivían los García, cuya hija Norma fue rectora de la Escuela Normal Juan Pascual Pringles. También estaban los Di Gregorio, los Vergés, los Barcala, pero ellos deberán esperar un escritor que los narre.

Perdón por los errores u olvidos.

El aprendiz

Fabián Giménez era una persona común. Se desempeñaba como empleado en una farmacia céntrica de San Luis. Con horario extendido, no menos de diez horas por día. Solía tener franco cada quince días, pero en invierno cuando las personas son afectadas por resfríos, gripes, dolores de cabeza, colitis y otras virósicas, no se movía del puesto. ¿Se consideraba explotado por la patronal? En absoluto. Rosa, la farmacéutica, a punto de cumplir setenta y cinco años, con cincuenta de profesión, pequeñita, cabello con rulos que tinía de un color entre amarillo y rojo, piel blanca con manchas marrones y lunares en el cuello ajado, lo quería como a un hijo y sabía reconocer su trabajo, elogiándolo y pagándole un plus que por lo general le duplicaba el sueldo de convenio. Elisa, la otra empleada, que tenía más o menos su edad, unos cuarenta años, era buena compañera y dispuesta para colaborar cuando la clientela arreciaba.

Fabián vivía solo en una habitación con baño en una casa antigua ubicada a media cuadra del negocio. Se comentaba que la casa había sido vendida a una empresa constructora que planeaba demolerla para construir un edificio en propiedad horizontal. El tema le preocupaba a Fabián porque se había acostumbrado a vivir allí. Rosa le dijo que no se hiciera mala sangre. Que si eso sucedía, él podía trasladarse a la habitación que existía en el patio de atrás donde tendría similares comodidades y con la ventaja de que tenía una pequeña cocina y que le saldría gratis porque ella no pensaba cobrarle.

Este tipo de gesto hacía que Fabián estuviera más contento con su trabajo y agradecido con la anciana patrona.

La admiraba y le gustaba escucharla contar sus primeros años de farmacéutica cuando los turnos, o sea la atención al público, duraban una semana por la escasa cantidad de farmacias que tenía la ciudad. En aquellos tiempos, decía Rosa, los inspectores de Salud Pública, me tenían a maltraer, una vez por mes, a veces más, controlaban la existencia de alcaloides, si la balanza de precisión funcionaba correctamente, que si los preparados que recetaban los médicos eran respetados y cosas por el estilo. A mí me mortificaba recibir esos funcionarios prepotentes.

-Menos mal que no se realizan más esas recetas magistrales- decía Fabián.

-Sí, las cosas cambiaron, no así los inspectores, que ya no son de Salud Pública, ahora pertenecen a la Municipalidad, a la Seguridad Social, a Rentas o a la DGI.

En realidad la farmacéutica Rosa también había aprendido otras cosas. Por ejemplo conseguir drogas de diferentes tipos que le entregaban "bajo cuerda" y ella vendía sin receta obligatoria ¿Obtenía un beneficio económico superior al margen oficial de ganancia? No, sólo le daba la posibilidad de venderla a sus clientes sin que concurrieran previamente al médico. No sentía culpa ni se ruborizaba por la conducta que asumía. Ante Fabián lo justificaba: son personas enfermas. Por lo general con largo tratamiento. Clientes que toman la misma pastilla por años y deben gastar en una consulta para que el profesional termine dándole el mismo medicamento. Lo siento por los doctores.

Pero también aprendió a tratar con los curanderos o manosantas. Los escuchaba y solía aconsejarlos que usaran medicamentos de venta libre para sanar una conjuntivitis, un resfrío, un dolor de oídos.

Por esta atención a clientela tan particular, Fabián conoció a María Velázquez, una mujer de sesenta años, gorda, de grandes senos, pelo largo y blanco, sin arrugas en su tez morena, nariz aplanada, ojos pequeños, orejas grandes con lóbulos pequeños, la gordura era pareja, si hasta las piernas tenían tamaño anormal.

Cuando Fabián ingresó a trabajar ella ya era clienta de Rosa. Una o dos veces por semana llegaba a la farmacia y se sentaba en una silla, resoplando como si se le escapara el aliento hasta que doña Rosa la atendía.

Fabián a solas, en los primeros tiempos le preguntaba a la patrona, si ella creía en brujerías.

-Por supuesto que no… pero que las hay, las hay -afirmaba.

-Yo creo que los curanderos hacen más mal que bien.

-Mi querido Fabián, los curanderos son los psiquiatras de los pobres. No les tengas desconfianza. En el arte de curar, las brujas tienen menos certificados de defunción que otros profesionales.

-Lo dudo. Creo doña Rosa que tiene prejuicios con la gente formada en la universidad. Me llama la atención porque usted es universitaria.

-Es probable que tengas razón pero en este tema estoy convencida que la mayoría de las enfermedades son producidas por el cerebro. Un desfasaje de neuronas y aparece una enfermedad ¿Cómo se cura un mal que nace en la mente? La fe da mejor resultado que las pastillas. Si creés en alguien el cerebro se reordena. Los que van a consultar a un manosanta están dispuestos a creer en esa mujer u hombre que dice tener poderes especiales. Y es un buen principio para curarse. También es posible Fabián que los años me hayan hecho más blandita. Te aseguro que los curanderos hacen más bien que mal. Si hasta las religiones obran milagros en los creyentes.

Fabián tardó algunos años en lograr la confianza de María Velázquez. La gorda mujer quería ser atendida por doña Rosa y mientras esperaba, a Fabián le contestaba con monosílabos cualquier pregunta que pretendiera un acercamiento entre ambos. Abundaban los sí o los no como única respuesta ante requerimientos de Fabián.

En una oportunidad Rosa, la farmacéutica, tuvo inconvenientes de salud que la obligaron a tres meses de reposo. Fue entonces que María Velázquez debió recurrir a Fabián y lo hizo por descarte porque era notorio que a Elisa, la otra empleada, le tenía menos confianza.

Fabián acostumbrado a lidiar con los diferentes caracteres de la clientela dejó que la curandera manejara la relación. Acierto que le permitió acceder rápidamente a un trato similar al que prodigaba la mujer a doña Rosa.

Un día cuando la atendía, María Velázquez le preguntó si él creía en la capacidad de ciertas personas de curar de palabra.

-Vea doña María. Es mi obligación dar la mejor atención al cliente, incluido decir mentiras piadosas para que no se moleste. Con usted seré franco, no sólo por tratarse de una persona amiga de este negocio. Creo que la respeto más si digo lo que realmente pienso.

-Te escucho, si le das muchas vueltas no te creeré.

-Los que pueden curar, y no siempre, son los médicos. Para algo han estudiado y han obtenido su diploma. Los curanderos pueden tener

algún acierto, pero es pura coincidencia. Espero que no se ofenda.

-Para nada, pero estás equivocado. Algún día te lo demostraré si tenés ganas de conocer la verdad.

-Estoy dispuesto a que me lo demuestre.

-Algún día… no seas impaciente.

Doña Rosa regresó al negocio y siguió atendiendo a María Velázquez con una diferencia, conversaba con Fabián entre resoplido y resoplido. En una de sus visitas le pidió si podía prestarle algo personal.

-¿A qué se refiere?- preguntó Fabián.

-Dos cabellos tuyos.

-¿Es una broma?

-Tómalo como quieras pero necesito dos pelos de tu cabeza.

-¿Me los saca usted o me los saco yo?

-Acércate e inclínate un poco.

Sintió el tirón y un leve dolor en su cuero cabelludo.

-Ya está.

-¿Qué va a hacer con ellos?

-Ya te enterarás.

Así fue, pero un mes más tarde. La curandera le pidió que fuera a su casa ubicada en la zona norte de la ciudad, en el camino que va aVilla de la Quebrada.

Fabián estuvo a punto de negarse, tenía que tomarse un taxi y recorrer siete kilómetros. Un gasto importante, pero el exceso de curiosidad pudo más. Pidió permiso a doña Rosa para llegar un poco más tarde al día siguiente. Por supuesto no le informó el porqué de esa tardanza. Sentía vergüenza de ir a la casa de la curandera.

Casa que en realidad era un rancho de adobe, techo de paja, un tirante de madera para sostenerlo, pintado a la cal, con dos ventanas pequeñas y una puerta de poca altura y estrecha, con dos ambientes, uno usado como dormitorio y el otro como recepción, cocina, comedor y consultorio. Rodeado de bosque nativo, árboles de algarrobo, talas y espinillos; un parral al costado que servía para cubrir un patio de tierra donde se encontraba una mesa destartalada y cinco o seis sillas, algunas sin respaldar y enclenques.

El baño era un excusado, con paredes de adobe y techo de zinc. Gallinas sueltas y un perro viejo que permanecía echado cerca de la puerta del rancho que se levantaba con esfuerzo, gimiendo, los ojos casi inútiles por lagañas pegadizas, flaco, los huesos de la cadera se demarcaban en punta cubiertos por la piel del animal, que mostraba peladuras rosadas.

Llamó golpeando las manos.

María se asomó por la puerta y dijo:

-Sos vos, pasá.

Fabián se sentía molesto con el trato confianzudo de la mujer cuando él la llamaba señora.

Abrió la reja que precedía a un patio pequeño cubierto por plantas en maceta. Se acercó a la puerta del rancho pero como la curandera ya había ingresado pidió permiso y entró.

María Velázquez estaba sentada en la multifuncional primera habitación.

-Adelante muchacho, me da gusto que vinieras, vení a sentarte a mi lado -dijo indicándole una de las sillas.

-¿Cómo está?

-Bien, si no tengo en cuenta la falta de aire. Tengo los pulmones tapados o estrecha la garganta.

-No descarte el peso excesivo.

-Veo que el señorito está agresivo. Quizás le molesta haber venido a la casa de la curandera.

-Tener kilos de más dificulta la respiración, impiden moverse con libertad, agotan.

-Lo sé, aprendiz de boticario, pero a una dama no se le dice gorda, es ofensivo.

Fabián iba a replicar pero desde afuera alguien llamó, golpeando las manos y diciendo en alta voz ¡Doña María!

-Andá a ver quién es, no tengo ganas de levantarme.

Fabián se asomó por la puerta del rancho. Eran tres personas que sostenían a una cuarta.

-¿Quién la busca?- preguntó Fabián.

-Traemos a Deolindo.

Fabián le llevó el dato a la mujer de pelo blanco y largo.

-Hacelo pasar.

-Son cuatro hombres, se ve que uno de ellos no se puede sostener solo.

-Que lo acompañen hasta aquí. Después que salgan y lo esperen afuera. Vos Fabián te quedás conmigo.

Así se hizo. El hombre que no podía caminar fue ubicado en una silla donde estuvo a punto de caerse. El respeto de los recién llegados hacia la curandera estaba cerca de la devoción. Esta presentó a Fabián como su asistente y los hombres lo saludaron con marcada inclinación del cuerpo como si estuvieran frente a alguien de elevado rango. Después salieron al exterior.

-¿Qué te sucede muchacho?- preguntó María al hombre sentado en la silla que aparentaba una edad menor a la suya.

-Mire doña, ayer, cuando cruzaba la ruta, sentí que mis zapatos se llenaban de arena. No pude caminar más. Por supuesto que no tenía arena en los zapatos. Alguien que no me quiere me ojeó.

María Velázquez le explicó a Fabián Giménez que Deolindo vivía en Balde, un pueblo ubicado treinta kilómetros de San Luis, frente a la ruta 7.

-Lo conozco- le informó Fabián.

-Así que sentiste eso cruzando la ruta -la curandera siguió conversando con Deolindo.

-Sí, la arena entró de golpe y me apretaba los pies hasta que perdieron fuerza y me caí.

-Decime muchacho, sospechás de alguien que te hiciera este mal.

-Podría ser Mercado. Hace un mes nos peleamos en el bar del Turco. Los dos tomamos de más y una cosa trajo otra.

-¿Le pegaste?

-Sólo le di un puntazo. Apenas si lo marqué, pero al retroceder tropezó y cayó sobre una botella que le hizo flor de tajo en el brazo. Le ha quedado una cicatriz.

-No culpés a ese muchacho. Él no tiene nada que ver con lo que te pasa -afirmó segura Velázquez.

-¿No?

-De otro lado sopla el viento. Aquí está metida una chinita. ¿Qué

niña te quiere mal?

-Nadie doña.

-Pensá bien y no respondas cualquier cosa.

Deolindo guardó silencio hasta que la curandera lo intimó:

-Largá, no tengo toda la tarde para vos.

Con vergüenza el hombre contó que tuvo unos amores con la hija de un tal Benítez, que la dejó porque "le gustaba mandar y amenazaba contarle al padre lo que hacían, así me daba una buena paliza".

-Ese es el rumbo… ¿No te parece Fabián?

Fabián sorprendido por la pregunta no respondió.

-Sacale los zapatos -ordenó la curandera.

Fabián dudó pero ante la severa mirada de la mujer, se acercó al hombre y desabrochó el calzado.

-También las medias -agregó María.

Los pies de Deolindo quedaron a la vista, no se veía nada irregular.

-Dame una mano boticario. Poné esa mesita y ayúdame a ubicarme enfrente a este muchacho ojeado.

Comenzó a masajearle los pies mientras susurraba unas cosas incomprensibles. Deolindo se quejaba.

-Aguantá muchacho tenemos que sacar al mal.

Fue una media hora interminable, pero los quejidos de Deolindo disminuyeron.

La mujer se dirigió a Fabián y le ordenó que le alcanzara unos potes que guardaba en un armario.

Sacó ungüentos y masajeó los pies del supuesto enfermo. Otra media hora. El mismo murmullo. Al terminar cerró los potes y dijo:

-A ver muchacho, recemos. Démosle la patada final al trabajo de tu noviecita.

Por fin colocó las medias y los zapatos. Se persignó tres veces y anunció con solemnidad:

-Levántate, estás curado.

El hombre no se puso de pie de inmediato, tenía miedo.

-¡Dale niño!

Deolindo se levantó. Al principio estuvo a punto de perder el

equilibrio pero al tomar confianza se mostró firme.

-¿Cómo te sentís?

-Bien doña María. Como nuevo.

-Seguirás así, pero durante siete noches hervirás hojas de tala y las aplicarás en ambos tobillos.

-Gracias madre. Muchas gracias. Esto es para usted.

Deolindo le alcanzó un manojo de dinero.

-Déjalo sobre la mesa.

-Si pudiera le pagaría más.

-Lo sé.

-No traje nada para su asistente. El próximo viaje aunque sea un chivito para agradecerle.

-Olvidate. Fabián es un aprendiz. Recién empieza. A su tiempo recibirá lo suyo.

-Gracias don Fabián. Muchas gracias.

-Llamá a los que están afuera, así regresan a Balde.

Los tres hombres al ver a Deolindo en pie, festejaron y agradecieron.

-Basta de charla. Tengo cosas que hacer.

Se despidieron. María y Fabián se quedaron solos.

-¿Cuál es tu opinión boticario?

-Mire señora. Pudo ser algo preparado por usted para convencerme de sus poderes. A ese tal Deolindo le falta algún tornillo en la cabeza.

-Tenés razón. Es lo segundo. ¿Sabés a cuánta gente no le funciona bien el balero? Tipos influenciables, débiles de carácter, con angustias galopantes, miedos. Bien, para eso existo yo. Les doy fe y esperanza.

-No creo que siempre tenga éxito.

-Muchos se van como vinieron. ¿Cuál es el mal que hago?

-Quizás un médico…

-Quizás, pero ellos fracasan también.

-Yo vine hoy por mis cabellos, los que me arrancó hace un mes. ¿Qué ha descubierto? ¿Mi futuro? ¿Algún peligro inminente?

-Cómo se te ocurre que yo pueda hacer algo con dos pelos. Apenas salí de la farmacia los tiré.

-No me gusta su broma.

-No fue broma. Te quise demostrar que alguien como vos, tan cerca de remedios y médicos, cree que puede haber algo más en la vida. Si no hoy no estarías en este rancho.

-Si la divierte, que le aproveche. Es hora que regrese a mi trabajo.

-No veo que me ría. Lo que sí tengo a la vista es un muchacho que pensará en los próximos días. En la vida, dos más dos no es cuatro. Si necesitás preguntarme algo te estaré esperando. En mis visitas a la farmacia no hablaré del tema.

Pasó más de una semana para que se reencontraran en la farmacia. La mujer gorda entró resoplando y buscó su sillón para esperar a doña Rosa.

A Fabián lo saludó con un:

-¿Cómo anda el muchacho?

-Bien doña María.

-¿Y tu compañera de trabajo?

-¿Se refiere a Elisa?

-A quién otra.

-Renunció. Le ofrecieron trabajo en una farmacia de Quines y aceptó.

-¿Más dinero?

-No, estaba cansada de la ciudad. Le gusta vivir en un pueblo.

-Mejor así. Es bueno que la gente pueda hacer lo que le gusta. ¿No te parece?

Fabián no contestó la pregunta. Le dijo a la curandera que doña Rosa demoraría un poco. Si quería él podía atenderla.

-Gracias muchacho, pero la esperaré.

-Si usted lo dice.

Al fin doña Rosa se ocupó de ella. La curandera compró varios remedios y antes de pagar le dijo a Rosa que necesitaba un consejo.

-Te escucho.

María Velázquez resopló tres o cuatro veces antes de hablar. Fabián, de donde estaba podía escucharla con facilidad.

-Suponte Rosa que por alguna razón vos supieras día y hora de la muerte de una persona amiga. ¿Se lo dirías?

-Las cosas que se te ocurren. Sólo Dios sabe cuándo vas a morir. Una forma de decir porque sólo se trata de pasar a un lugar mejor. Él dispone.

-Estamos de acuerdo Rosa, pero pensalo de esta forma. Dios te dice a vos que una persona dejará de existir. Porque Dios lo puede todo ¿no es así? Él decide hablar contigo. Segura que Él te ha hablado ¿cómo actuarías? ¿Se lo dirías?- repitió la curandera.

Rosa se quedó callada. Pensaba. Fabián se dijo: "A la curandera no le anda bien la cabeza o quiere impresionarme para que crea en que ella habla con Dios".

Rosa, luego de unos minutos puso la mano sobre la pierna gorda de María Velázquez.

-No, no se lo diría, a no ser que el Señor me lo ordenara. Ningún ser humano debe saber cuándo partirá. Hasta el último momento debe vivir, bien o mal, pero vivir. Cualquiera es dueño de pensar en su muerte, porque así es la vida. Lo que nos está vedado es saber día, hora y forma de nuestra muerte.

-Agradecida por su consejo.

-La próxima vez que vengas no traigas estas dudas. A mí no me gusta pensar en la muerte. Dios me dio la vida y le quiero sacar el jugo hasta el último suspiro.

Esta conversación molestó a Fabián que suponía una actuación de la curandera. Como el entripado lo siguió persiguiendo decidió ir al rancho de María Velázquez.

La mujer gorda lo recibió como la primera vez, desde la puerta y diciéndole: "Pasá".

Todo se repetía. Cuando entró al interior del rancho María Velázquez lo esperaba sentada, resoplando.

-¿A qué se debe tu visita? ¿Necesitás presenciar otra curación boticario?

-No vengo por eso. Me ha molestado su actuación ante doña Rosa con esa consulta que le formulara. ¿Qué busca? ¿Llamar mi atención, asustarme?

-Me gustaría muchacho que me prestaras más atención. ¿Sabés por

qué? Creo que tenés ciertas condiciones para hacerle bien a la gente, pero la conversación con Rosa no tiene nada que ver con vos. Resulta muchacho que yo sé cosas porque mantengo mi cabeza alerta. Por ejemplo sé que te conviene mudarte a la habitación que está detrás de la farmacia cuanto antes. Ya han vendido el inmueble donde alquilás. ¿Sabías eso?

-Era previsible. Le comentaba que los propietarios estaban en tratativas de venta, no se necesita una capacidad especial para enterarse que la operación se formalizó.

-Claro. Además boticario, con tu sueldo podrías alquilar en cualquier lado.

-Así es- respondió Fabián.

-Pero yo te aconsejo mudarte al fondo de la farmacia. ¿No te preguntás por qué?

-No hace falta. Usted habla seguido con doña Rosa. Ella le habrá contado de su propuesta para que me ubique allí.

-Sé que no me creés. Allá vos. Rosa y yo nunca hemos hablado de eso.

-¿Entonces?

-Usaré las palabras de tu patrona. Dios me ha dicho algo importante.

-Usted se atreve hasta con la religión.

-Yo no me meto con nadie. El Creador me hizo conocer día y hora de la muerte de Rosa.

-No me diga. ¡Otra vez bromeando!

-El día 14 a las nueve y diez de la mañana.

Fabián notó que un escalofrío le recorría la columna.

-Usted está loca.

-El tiempo lo dirá muchachote. Fui a consultarle a doña Rosa si era conveniente hacerle saber al futuro difunto la hora y fecha de su muerte. Me sentía sin saber qué hacer porque Rosa es mi amiga. Después de escucharla me tranquilicé. Debía guardar el secreto. Vos también la escuchaste. La muerte no entra en su cabeza, ella disfruta de la vida. No me importa si entendiste o no me creés. Así serán los hechos.

-¿En dónde entra mi mudanza en su explicación?

-Rosa ha puesto la farmacia a tu nombre. En realidad la escritura dice que vos se la has comprado y que te harás cargo cuando ella fallezca.

-También se lo dijo Dios.

-No, el escribano que la confeccionó. Se atiende conmigo y me comentó su sorpresa por la actitud de Rosa. Yo le dije que confiaba mucho en vos y que ella no tenía descendientes. Yo también confío en vos. Harás mucho bien a la gente si seguís con el negocio. Necesitás nombrar a un farmacéutico recién recibido como director técnico y seguir trabajando como ahora.

-Tiene planes para todo el mundo. Sólo le hago notar que las personas suelen tomar sus propias decisiones.

-Por supuesto y a veces se equivocan. En tu caso, si encaras para otro lado no te pasará nada, pero muchas personas sufrirán. Para tu enojo te agrego que tu camino no terminará en ese negocio. Cuando desarrolles tus capacidades dormidas serás como yo.

-¿Un charlatán?

-Una vez más te mostrás como un maleducado. Te perdono porque estás confundido.

-No tanto para no darme cuenta que al fijar la fecha de la muerte ha omitido decir el mes en que eso ocurrirá. Coartada para estirar su mentira en el tiempo. ¿En qué mes será?

-Lo sé mi querido boticario, pero lo guardo para mí, no tengo la obligación de contarte todo…

La curandera fue interrumpida por golpes de palmas que llegaban desde afuera.

-Es Lito. Viene por su pelo. Hacelo pasar.

-¿Otro conejito de indias al que le arrancó el cabello?

La curandera se rió y la falta de aire la hizo ahogar. Cuando se recuperó dijo que se trataba de un pelado que pretendía recuperar el cabello y agregó, entre toses, que no estaba en sus manos pero le daba esperanzas.

-Es mi forma de ayudarlo. Le vendo un ungüento y le prescribo cuatro masajes diarios del cuero cabelludo. La crema no le hará mal y los masajes le mejorarán la circulación. Cuando se canse dejará de venir, mientras tanto está contento- luego le dijo a Fabián: -No es necesario que te quedes. En este caso sólo serás testigo de una actuación.

-No tengo ganas de seguir aquí. Dudo que vuelva a venir.

-Tal vez cambies de opinión mi aprendiz.

Fabián salió del rancho más molesto de lo que había entrado. Un gordo pelado estaba junto a la puerta de reja.

-La curandera lo espera -dijo Fabián y siguió caminando.

Mientras iba de regreso a la ciudad en ómnibus, miraba a través de la ventanilla las sierras de San Luis. Su atención no estaba vinculada al cordón montañoso. La curandera seguía siendo la dueña de sus pensamientos. Reconocía que la mujer lejos de tranquilizarlo lo había alterado más. Se preguntaba qué lo llevaba a visitarla si la consideraba una estafadora de ingenuos o de personas con escasa instrucción. Qué respuestas buscaba tratando con ella. Él se sentía feliz, sano y sin otros temores que los comunes, sin mayor importancia que aparecían cada tanto y se iban rápido. ¿Le molestaba su soltería? No. ¿Sus escasos amigos? Tampoco. Estaba conforme con la vida que llevaba, alegre por trabajar con doña Rosa en la farmacia. Tal vez, reflexionaba, mi vida es tranquila y sin sobresaltos y ése es el problema. Esta loca es una puerta a lo que desconozco, a explorar ciertos límites que me ahogan en adrenalina. Y redondeaba: "A esta gorda no la visitaré más".

En los siguientes meses Fabián volvía a pensar en María Velázquez. La curandera seguía haciendo compras en la farmacia. Cuando ella llegaba, Fabián le pedía a doña Rosa que lo autorizara a realizar un trámite fuera del negocio. Con esta excusa evitaba escuchar los resoplidos de la manosanta y sus conversaciones con la propietaria de la farmacia. Pero la ausencia no podría prolongarse demasiado y muchas veces, cuando regresaba, ella seguía allí. Otro tema que la puso a María Velázquez en primer plano fue la decisión de doña Rosa de nombrar a un director técnico.

-¿Está desconforme con mi trabajo?

-No seas malcriado. Me enorgullece que seas mi empleado, pero no sos farmacéutico. Tengo muchos años, demasiados. Me siento bien, pero ciertos días quiero regalonearme. Quedarme un poco más en casa, levantarme más tarde o salir a dar una vuelta. Necesito a alguien que me reemplace. Y vos también lo necesitás, porque algún día dejaré de

venir, me quedaré viendo televisión o leyendo o haciendo una torta. Le tomaré el gustito a la falta de obligaciones, pero la farmacia debe seguir abierta. Será tu entera responsabilidad y sin director técnico mi deseo no se cumplirá.

Llegó diciembre, con mucho calor. Fabián se había trasladado a vivir en la habitación ubicada al fondo de la farmacia. El edificio donde viviera fue demolido y construían una torre.

María Velázquez le trajo un regalo a doña Rosa en la víspera de Navidad. Un cuadro de la Sagrada Familia. Grande, difícil de transportar para cualquiera, pero la curandera tenía muchos clientes y algunos oficiaron de changarines. Primero hasta la farmacia y después hasta la casa de doña Rosa.

Al despedirse se abrazó con la farmacéutica. Después se acercó a Fabián y le deseo felices fiestas dándole un beso en la mejilla. Al oído le dijo: "Sufro, el tiempo se acaba".

En una mañana de enero doña Rosa llegó a la farmacia más alegre que lo habitual. Se había enterado por un amigo que en la provincia del Chaco vivía una prima lejana, lo supo y comenzó a planear el viaje para conocerla. Venía de sacar el pasaje en la terminal de ómnibus. Saldría el próximo fin de semana y estaba dispuesta a quedarse unos quince días con esa prima lejana, si no la echaban antes decía.

-En el Chaco doña Rosa, en enero hace mucho calor -le decía Fabián.

-Nos vamos a sentir perdidos sin usted -le decía el director técnico, un muchacho recién recibido en la facultad local.

-A veces conviene que a uno lo extrañen -contestaba riendo la farmacéutica.

Hubo otras bromas pero entró un cliente y cada uno se dedicó a lo suyo.

Doña Rosa se sentó frente al escritorio y repasó la lista de medicamentos que pediría a la droguería.

Al irse el cliente Fabián se acercó a doña Rosa para comentarle sobre unos faltantes.

La mujer, estaba inmóvil, con la barbilla apoyada sobre el pecho. Había fallecido sin una queja.

Fabián la abrazó y desde donde estaba podía ver el gran almanaque que les regalara un corralón de materiales de construcción.

14 de enero.

En forma instantánea controló la hora en el reloj colgado en el centro de la pared.

Nueve y diez.

Fabián se ocupó del velatorio y de la tremenda tristeza que se abatió sobre él. En esos momentos de dolor no podía olvidar el vaticinio de María Velázquez. Fue poca gente a despedir a doña Rosa. Algunos clientes, unos pocos vecinos. Quien no se separó de ella fue Fabián que estuvo acompañándola hasta que los restos mortales recibieron religiosa sepultura.

Le molestaba la falta de reconocimiento de la gente. Doña Rosa ayudó a muchos, se decía. Pero su molestia se potenciaba por la falta de presencia de la curandera que siempre recibió un trato preferencial y que se dio el gusto de anunciarle al oído que el tiempo se acababa. Pensaba: "Acertó por casualidad, como si jugara a la lotería y la suerte la favoreciera. Debió venir al velatorio, seguro que está sentada resoplando en una silla enclenque, atendiendo a tontos". La certeza del pensamiento se debilitaba frente al inconciente que como letrero luminoso escribía: "Fabián, esa mujer tiene algo, es diferente, te da bronca porque no llegás a entender".

La farmacia permaneció cerrada por duelo hasta el domingo. El lunes Fabián reabrió. El director técnico le preguntó si seguía trabajando.

-Como si estuviera doña Rosa- respondió Fabián.

El día martes el escribano de doña Rosa apareció por la farmacia con una escritura. Le explicó que la farmacéutica le había pedido que se la entregara cuando ella falleciera.

-Usted es el nuevo propietario de la farmacia.

Fabián recordó lo dicho por la curandera pero no quiso demostrar su estado ante el profesional y dijo:

-¿Qué pasará con la casa, los muebles y demás bienes de doña Rosa?

-Ha hecho testamento a favor de una institución de beneficencia.

-¿Le debo algo?

-Doña Rosa dejó todo arreglado.

Pasaron los meses y llegó el otoño. Durante todo ese lapso Fabián mantuvo la esperanza que María Velázquez fuera a la farmacia. La curandera no apareció. En abril, Fabián no aguantó más y una noche después de cerrar, tomo un ómnibus para ir a verla. Había decidido algo y necesitaba decírselo.

Al llegar al rancho era tarde, pero la curandera antes de que llamara gritó desde el interior.

-Pasá boticario.

Sentada en la silla de siempre le dijo:

-Acá está la mujer gorda que resopla ¿qué necesitás?

Resuelto Fabián contestó:

-Necesito aprender.

-Bien. Es un camino largo que se recorre con esfuerzo.

-No me importa.

-Lo sé. Por ahora seguirás en la farmacia. Ya te avisaré cuando ambos estemos preparados para trabajar juntos.

-Quiero empezar cuanto antes.

-No por eso el tiempo se apurará. Ahora andate. Debo descansar.

-¿Volverá a ser cliente de la farmacia?

-Sí, mi muchacho. Como si estuviera viva doña Rosa.

La hendija

Alfredo no lo podía creer. Una viejita que lo conocía de niño le había regalado un Renault 12, antiguo pero sin uso. La anciana no manejaba y cuando el marido compró el vehículo falleció a los pocos días. El automóvil quedó estacionado por años en la cochera.

-No lo puedo aceptar, se negó ante la propuesta de la mujer.

-Lléveselo, hijo. Ni debe arrancar. Busque un mecánico que lo ponga en marcha.

-Véndalo. Serán muchos los interesados.

-No me interesa hijo. No necesito el dinero. Mi difunto marido y yo no recibimos la bendición de un hijo. ¿Cuánto me queda?... ¡Parientes lejanos y abogados voraces se quedarán con todo!... No debo seguir hablando, me canso mucho. Hágale caso a esta mujer que podría ser su abuela. Mañana no quiero ver al Renault en la cochera… ¿Entendió hijo?

Alfredo agradeció y esa tarde se hizo acompañar por un mecánico de su confianza. Tocó timbre en la casa y cuando fue atendido por la anciana le preguntó si lo dicho por la mañana seguía en pie.

-Por supuesto. Sigo cumpliendo con lo que prometo. La "chochera" no se ha hecho cargo de mi cabeza.

Le llevó una semana poner en condiciones el automóvil y muchos pesos para sus bolsillos secos.

Su amigo, al entregárselo, le aseguró que se llevaba un cero km.

Otro amigo le había prestado una cochera porque Alfredo alquilaba un departamento dos ambientes.

Al regresar del trabajo, era agente estatal de baja categoría, salía a dar una vuelta por la ciudad y saludaba a los conocidos que cruzaba. Soñaba con recorrer la provincia. "Tengo libres sábados y domingos. Sobra para hacer un plan turístico anual. Cargo cañas y comida. Sólo gastaré en la nafta", pensaba.

El incluir cañas en el pensamiento se debía a su adicción por la pesca. Nada lo entretenía más que tirar una línea y esperar el pique, mientras tomaba unos mates. Sus idas a pescar alcanzaban el Potrero de los Funes o Cruz de Piedra, un lago y un dique cercanos donde se puede pescar

pejerreyes de escaso tamaño. "Ahora iré a las lagunas, diques, ríos. Me he sacado la lotería", afirmaba.

Como si la fortuna se hubiera inclinado hacia su lado, no tuvo inconvenientes en hacer la transferencia del auto. Doña Clara, así se llamaba la anterior propietaria, mantenía los papeles al día. Hasta las patentes anuales las había pagado. Fue a visitar la anciana para agradecerle el regalo que le había hecho, aclarándole que si se había arrepentido no se molestaría porque le resultaba un exceso de bondad por parte de ella.

-No mi niño. Soy yo quien te agradezco. ¿Sabes? Mi esposo soñaba con aprender a conducir pero Dios se lo llevó. Estoy segura que Carlos desde el cielo aprueba mi decisión.

-¿Su esposo tampoco conducía?

-Nunca tuvo la oportunidad. La compra de un vehículo se postergó mil veces. Así es la vida.

-Mire doña Clara dispongo de los fines de semana. Usted me avisa y yo la paso a buscar.

-Mi niño… en otro tiempo te aceptaba el ofrecimiento pero ahora no quiero moverme de casa. Ni si quiera voy a misa. Con los años uno se va quedando quieto. En casa me siento segura y si está en mis manos quiero morir aquí. Ella me conoce y yo la conozco. Se ingeniará para que no sufra. Nada de clínicas.

-Doña Clara por qué no hablamos de otra cosa.

-De lo que quieras, pero eso no cambiará lo que te dije. No hace falta agregar que si caigo en la inconciencia te prohíbo que me traslades ya sea a un hospital o a tu casa. No deseo médicos salvadores. ¿Lo entendiste Alfredo?

-Sí doña Clara.

-Bien. Qué te parece si me cuentas qué lugares pensás visitar con el renolcito.

-Trataré de conocer cada rincón de la provincia. En especial todo lugar que tenga pesca. Iré a diques, lagos, lagunas, ríos y arroyos.

-Si Carlos viviera seguro que te acompañaría y tal vez te pidiera que fueran a Virorco, soñaba con conocerlo. Le hubiera comentado que en una laguna existían carpas de cinco kilos. Y si seguía subiendo la montaña

podía pescar truchas en unos arroyos que son afluentes del Río de las Águilas o algo así.

-Sé dónde queda pero no anduve ni cerca. Alguna vez he tomado un ómnibus interurbano para llegar a El Trapiche o a La Florida. En la última subida había un cartel que indicaba un camino de huella con la leyenda Virorco 15 km. Más de eso no sé. Para mí es una localidad serrana próxima a Estancia Grande.

-Es posible. Quizás pertenezca a la zona de Durazno alto. Ni vos ni yo somos especialistas en divisiones políticas. Lo que sí es que está al pie de las sierras de San Luis o en las primeras estribaciones. No debe ser sencillo ir.

-Es probable pero con su auto me animo a todo.

El viaje a Virorco se demoró. Alfredo en su trabajo administrativo convenció a un administrador de una estancia ubicada al sur de Mercedes, con siete lagunas. Un asesoramiento informático recibió a cambio de una autorización para ingresar al campo

Hizo algunas excursiones con éxito, en su haber muchas capturas y de buen porte.

Recién en el mes de agosto decidió ir a Virorco. Para ese entonces había conseguido prestada una parrilla portátil, una mesa armable y una carpa para dos personas.

Durante la semana acopió víveres, aparejos y un sombrero de dos alas para que lo protegiera del sol. También se ocupó de preguntar sobre Virorco, así pudo enterarse que un ingeniero conocido era dueño de un campo que incluía una laguna pequeña y varios arroyos y una casa antigua grande construida en plena montaña aunque la estancia se extendía hasta la cima. Le contaron que ese campo mantenía una tranquera que impedía el ingreso así que no dudó en ir hasta la casa del propietario, que él conocía porque era un contratado habitual del Estado provincial.

-Alfredo… qué te trae- preguntó el ingeniero al recibirlo.

-Cómo anda ingeniero. Perdone que lo moleste. Me gusta pescar y me han dicho que en Virorco existen unas truchas criollas importantes.

-Te han dicho bien pero las truchas arco iris no se quedan atrás, hay que subir bastante hasta alcanzar los arroyos y hacerlo a pata, o sea, tener

un buen estado físico.

-¿Le gusta pescar?

-En absoluto. Mi interés lo centro en los miles de metros cuadrados que debo construir en tiempo y forma. La pesca es para poetas o filósofos. Personas que no tienen compromisos terrestres. Lo malo que son muchos los pescadores, tipos ansiosos por mostrar un trofeo. Esa ambición los lleva a no respetar la propiedad privada, ni vedas. Por esta razón me vi obligado a cerrar la huella que conduce a mi campo con una tranquera. Aún así pocos dan pelota. Así son las cosas.

-Por eso lo molesto. Vengo a pedir autorización para pescar en su campo.

-No lo puedo creer. En veinte años es el primer pescador que pide permiso. Mirá que en San Luis nos conocemos todos. Pese a los pocos años que tenés, actúas con la formalidad y el respeto de 1900. Desde ya contás con mi aprobación. Es más te daré una copia de la llave del candado. Andá a pescar cuántas veces quieras. Te recomiendo antes de pescar en la laguna, llegarte hasta el puesto del viejo Sosa. Así él se entera. Yo le he dicho que si advierte la presencia de extraños tire unos escopetazos al aire.

-¿Y cómo llego?

-No hay forma de extraviarte. La huella es única y un km después de la laguna está la casa principal. Tan antigua como grande. A un costado el rancho del puestero.

-¿Qué le digo?

-Que sos pariente mío y que te he dado una copia de la llave para que él no se moleste. Esa rutina la respetás en todos los viajes.

Ese sábado cargó el vehículo y llenó el tanque de nafta en la estación ubicada en Avenida Illia y calle Chacabuco. Frente a la Escuela Normal de Niñas compró el diario y emprendió el viaje. Salió de la ciudad por el Puente Blanco para recorrer El Chorrillo. Atrás quedaron San Roque, Cruz de Piedra, El Volcán. Al llegar al Durazno comenzó a tomar mate. Al fin llegó a un alto donde un letrero caminero indicaba Virorco a su izquierda por una huella de tierra que por la sequía formaba guadales cada tanto. Conducía despacio. Cuidaba el automóvil recién regalado. A

medida que se acercaba al cordón montañoso la vegetación nativa crecía. Al fin, ya en plena trepada, encontró la tranquera que cruzaba el camino. A esa altura había árboles de mayor porte e hilos de agua abriéndose camino entre babas de sapo.

La tranquera no tenía puesto el candado. Dudó pero decidió abrirla. "Quizás el ingeniero decidió venir hoy" pensó mientras cruzaba el auto. Volvió a descender para dejar la puerta como estaba, no quería causar inconvenientes.

La subida continuó hasta un playón con yuyo verde con una laguna en el centro, como le dijeron no era grande. "Cien metros de diámetro", calculó. Las aguas permanecían quietas y en la esquina opuesta un grupo de sauces mojaba sus ramas deshojadas. Un peñasco grande al borde del camino de tierra se sumergía en el agua. "Si hay peces deben esconderse entre esas piedras", reflexionó. "También es posible que anden en los juncos", se dijo al ver la cantidad de varas que asomaban en algunas partes. "Ya lo sabré, pero antes tengo que avisarle al puestero".

Dejó atrás el playón, cruzó un arroyo pedregoso con poca agua, cristalina y fría. Esto último lo supo porque detuvo el Renault en el medio del cruce, abrió la puerta y agachándose sumergió la mano izquierda.

No había recorrido mil metros cuando apareció un caserón inmenso, antiguo, rodeado de árboles, a la izquierda de la huella frente a un arroyo que los años habían profundizado su cauce, con agua rápida por la pendiente.

El rancho del puestero, humilde, a un costado.

Detuvo el vehículo y tocó bocina. Varios perros esqueléticos se acercaron y comenzaron a olfatear el vehículo. Volvió a llamar.

La puerta asimétrica del rancho, hecha con madera de cajones se abrió con dificultad como si de un momento a otro terminara atascándose en la tierra húmeda o estuviera a punto de quebrarse. Un hombre anciano, vestido con un saco sobre un pulóver de lana sucio de color gris amarillento, pantalón de tela gruesa, medias arremangadas bajo las alpargatas gastadas.

-Buen día. ¿Usted es don Sosa?

El anciano respondió afirmativamente con la cabeza. Alfredo se bajó del auto.

-¿No me harán nada?- preguntó mirando a los perros.

-Son mansos de día y si estoy presente.

Alfredo se dirigió hacia el puestero. Al llegar le extendió una mano huesuda de piel oscura y con cierto temblequeo.

Le explicó quién era, que el ingeniero le había dado copia de la llave de la tranquera, que la encontró abierta y que su idea era pescar en la laguna o en los arroyos de la montaña.

-Recién fui hasta el almacén, y me olvidé de cerrarla. Más tarde lo haré.

-¿Vive solo don Sosa?

-Desde que perdí a mi señora hace más de diez años. Estoy acostumbrado. El ingeniero me quiere llevar a San Luis pero yo estoy feliz aquí.

-A mí me costaría. Soy soltero pero estas montañas inmensas, el bosque y el silencio me daría algo de miedo con sólo pensar que puedo necesitar un médico de urgencia… no… no me sentiría tranquilo.

-De noche es peor. El ruido de los animales salvajes, los murciélagos y las aves nocturnas, el agua del arroyo si crece.

-Hablando de la noche don Sosa. Pienso quedarme hasta mañana. ¿Me dejaría armar la carpa cerca de la casa?

-Con gusto. Antes que vaya a pescar le quiero advertir que en la laguna no hay peligro, pero le recomiendo que no se interne en la sierra con el auto. Para seguir subiendo deberá subir a pie.

Hay animales salvajes y apenas trepe unos quince minutos se perderá, le será imposible entre la maraña de árboles acertar con el camino que lo lleve al punto de partida. Arriba se vuelve frío y corre riesgo de congelamiento.

-Quédese tranquilo. Hoy me dedicaré a la laguna, mañana encararé las sierras. ¿Quizás usted quiera ganarse una changa como baqueano?

-Mañana veremos.

Alfredo se despidió y regresó a la laguna. Buscó una punta desplayada

y comenzó a armar dos equipos de pesca. Dos cañas cortas, con riles aceitados, tanza no demasiado gruesa y diferentes tipos de anzuelos. Se acercó a la piedra que se hundía en el agua. Limpió el piso y apoyó la mesa plegable. Trajo la carnada de gruesas lombrices enredadas.

Fue en busca del equipo de mate, del calentador y una tetera que llenó con agua de la laguna. Sabía que un secreto para obtener un buen pique con las truchas fueran percas o arco iris, es que no debían verlo. Cubrió los anzuelos con gruesas lombrices y lanzó ambas líneas en dirección a la zona donde la piedra se sumergía en forma total. Apoyó las cañas sobre dos sostenedores de hierro. Se sentó en la banqueta a preparar el mate.

Dos horas más tarde, luego de levantar las líneas varias veces, encarnar de nuevo y lanzarlas siguiendo un círculo imaginario no había conseguido un solo pique. Se preguntaba si el agua transparente de la laguna no le estaba jugando en contra, también pensó que en ese espejo de agua no existía trucha alguna. Justo cuando pensaba así por la huella, montado en un caballo, apareció don Sosa.

-Acá no hay un pez ni por casualidad.

-Truchas criollas hay varias.

-Me gustaría verlas.

-Sígame- dijo el puestero y taloneando levemente al caballo siguió el margen de la laguna, hasta el otro extremo, donde crecen los juncos.

Alfredo llegó agitado.

-Mire- le dijo indicando las cañas.

-Alfredo se acercó al agua para ver mejor.

Tres truchas criollas de tres kilos o más se sostenían en un mismo lugar con un movimiento apenas perceptible como si estuvieran descansando o dormidas.

-¡Qué bichos!- dijo Alfredo.

-Sigo mi camino, voy a cerrar la tranquera. Suerte con la pesca.

Alfredo regresó al automóvil. Levantó cañas y el resto de los enseres que había descargado. Condujo hasta los juncos y puso la mayor rapidez para encarnar y lanzar las líneas prácticamente sobre las truchas. Los anzuelos flotaban a centímetros de los peces.

Vio llegar otros ejemplares con un desplazamiento tranquilo.

Alguna picará se dijo, pero las truchas permanecieron indiferentes ante los puñados de lombrices que se retorcían. Me han visto, si yo las veo ellas me ven. Vamos a ver quién gana.

Aflojó la línea y los anzuelos se apoyaron en el fondo de la laguna. Esperó que dos percas se rozaran y tiró de la caña con fuerza con la intención que algún anzuelo o varios se prendieran al cuerpo de las truchas. Tuvo éxito. Los anzuelos se clavaron en una perca que saltó sobre el agua, herida, para volver a caer.

-Vos no te irás.

Se equivocó. El pez dio un nuevo salto, se torció en el aire y se desprendió de los anzuelos que siguieron la fuerza que oponía Alfredo y le golpearon el pecho.

"Trucha de mierda" insultó Alfredo al ver que el cardumen abandonaba el lugar rumbo a la zona de enfrente.

Insistió haciendo unos lanzamientos mientras recorría la zona cubierta de juncos.

Al atardecer regresó don Sosa.

-¿Cómo anduvo la pesca?

- Mal… usted tiene truchas amaestradas.

-No hay animal que no defienda su vida. Quizás mañana tenga más suerte.

-¿Cómo mañana? Ahora me iré a la piedra de nuevo.

-Acá en invierno, la noche llega rápido. A lo sumo tiene media hora de luz. Si va a armar la carpa le conviene acercarse con tiempo a las casas.

-Tiene razón don Sosa. Levanto el equipo y lo sigo. Perdón… Como es el nombre suyo.

-Don Sosa- dijo el anciano.

-Algún nombre le habrán puesto cuando lo bautizaron.

-Sí…, pero no me gusta.

Pese a las indicaciones recibidas de quien le prestara la carpa le llevó tiempo armarla. El sol se había ocultado tras las montañas y la noche era inminente.

-Voy a hacer un asado. ¿Le gustaría acompañarme don Sosa?

-Con gusto…Si no es molestia. Atrás del rancho hay buena leña.

Alfredo buscó una parte de terreno más pareja donde clavó la parrilla portátil. Trajo leña y armó el fuego que encendió con facilidad. Mientras esperaba que se hicieran las brasas ubicó la mesa desplegable. De un canasto sacó platos, vasos, cuchillos, tenedores, un paquete de sal parrillera y verduras (tomate y cebolla), un aceite y se sentó a preparar la ensalada. Cuando estuvo lista fue en busca de pan y una botella de vino. Por último abrió una heladera portátil, estiró la carne en una fuente y la saló. Mientras realizaba estas tareas don Sosa lo miraba hacer y salvo que le preguntara algo se mantenía en silencio, masticando unas hojas a conciencia.

-¿Qué come?

-Rapei. Una hierba de la montaña. No deja entrar dolores ni males y uno se siente bien… no digo alegre pero empuja los malos pensamientos y la tristeza. ¿Quiere probar?

-Gracias don Sosa pero prefiero tener sano el gusto para disfrutar el asado.

Cuando la carne estuvo lista se sentaron a cenar.

-Buen asador el hombre y eso que es de ciudad.

-Me gusta asar, desde que era adolescente y mi padre falleció. Puedo asar a ojos cerrados. Dígame… en serio ¿se siente bien en esta soledad?

-No podría vivir en otro lado. Es lo mío. Al morir mi esposa tuve dudas pero no duraron mucho. Además si quiero estar con gente voy al almacén, a la casa de Alfonso o a la de otros vecinos. Todo queda distanciado pero con el viaje ya me entretengo. Además si estoy tristón tengo el rapei y la hondonada.

-¿Qué es la hondonada?

-Un quiebre en la montaña, en la parte más alta. Oculta por las piedras grandes y la vegetación boscosa.

-¿Cuál es la diversión?

-Durante el día no pasa nada, pero de noche suelen hacerse unas reuniones con mucha gente. Hay música, risas, buen humor y al forastero lo reciben muy bien.

-Perdóneme don Sosa, pero siento que me está mintiendo, como se dice, me toma el pelo. Usted piensa que soy un pueblerino dispuesto a

creer. ¿De qué gente me habla? En esas montañas agrestes y peligrosas sólo puede encontrar animales salvajes. Usted mismo lo dijo hoy.

-Una cosa no quita la otra. ¿Es peligrosa la montaña? Sí señor. ¿Es cierto que en la hondonada se reúne gente? Por supuesto que sí. La llaman La Hendija.

-Es imaginativo. Mire el nombre que le ha dado. No pienso creer que estoy en una tierra encantada. Que las truchas despreciaran mis anzuelos, suele pasar. Sobre todo si ven al pescador o les sobra comida. De ahí a creer en fiestas nocturnas en la cima de la montaña hay un camino largo que no pienso transitar. No lo tome a mal don Sosa. Usted me ha recibido bien y le agradezco. Compartamos un asado y si Dios quiere mañana nos tomaremos unos mates. Permítame la libertad que no crea en La Hendija. Podría mentirle, para no molestarlo y decirle le creo. Para mí sería una falta de respeto. ¿Quién llama a ese lugar La Hendija? ¿Usted y cuántos más conocen esa hondonada?

-Sólo yo la conozco. Cuando dije la llaman, no me refería a los pobladores de la zona. El nombre le pertenece a la gente que ahí va. No son lugareños, tampoco personas que vienen de la ciudad o un pueblo vecino.

-¿Entonces don Sosa?

-No lo sé con seguridad. Quizás vivan bajo la montaña, tal vez sean espíritus.

-Bueno ya entramos en la brujería.

-Tal vez se trate de almas que necesitan regresar por algo o por alguien.

-Y estos aparecidos se presentan de noche, participan de una fiesta y al día siguiente desaparecen.

-Aunque no me crea es así. Yo he subido a la sierra a la mañana, al mediodía, por la tarde. Ni siquiera encuentro la hondonada y le puedo asegurar que conozco el lugar. A esas horas del día el terreno no tiene quiebres, sí grandes peñascos y árboles apretados, sin contar los yuyos espinosos.

-Con todo respeto en qué momento la descubrió.

-Unos meses después que falleciera mi mujer. Sentí una fuerza

interior que me obligaba a trepar a la montaña de noche. Me negué a mis ganas por días hasta que una noche de luna llena como ésta dejé que esa fuerza me llevara.

La mención de la luna hizo que Alfredo levantara la mirada al cielo. Un disco luminoso apartaba la oscuridad del valle.

-Déjeme que adivine -dijo Alfredo concentrándose en la conversación- En ese lugar encontró a su señora.

-Así es. No fue en la primera ni en las noches siguientes. Yo no pensaba que entre esa gente reunida la encontrara a ella. Debo reconocer que regresaba a la hondonada porque me sentía a gusto, nadie me molestaba, me trataban bien, la alegría se podía tocar.

-Hasta que… - lo impulsó Alfredo.

-Nos encontramos. Toda la noche estuvimos hablando de los años en que vivimos juntos.

-¡No me diga!

-No podía creer la paz que irradiaba… al despedirse me dijo: estoy bien, feliz. Quiero que sepas eso.

-Por lo tanto su conclusión fue: ella está muerta y vino a decirme que no me preocupara, no sufriera. ¿La volvió a ver?

-No, pero estoy convencido que esa noche estuve con ella y también sé que ese encuentro tranquilizó mi espíritu.

Mientras se desarrollaba esta conversación los perros de don Sosa se mantenían a corta distancia sin encimarlos pese a que recibían los huesos sobrantes que trituraban a conciencia. Alfredo sirvió una vez más y antes de regresar a su silla abrió la heladera portátil y extrajo dos tiras de costillas más que colocó sobre la parrilla. Estaba disfrutando de la comida y el anciano tenía buen diente. No se hubiera perdonado quedarse corto.

-Así que La Hendija está allá arriba.

-Tengo claro que no me cree.

-Ya se lo dije. Podría creerle si me lleva hasta allá y me muestra la hondonada.

-Sabe lo peligroso que es subir a la montaña de noche.

-Buena excusa para no subir. Con una noche de luna como ésta, la

oscuridad no será inconveniente.

-El no poder ver le puede costar un resbalón, nada grave. No necesitamos caminar cerca de los precipicios. El mayor problema son los animales salvajes. Allá arriba hay vacas encaradoras, se puede cruzar con un puma, con bichos venenosos.

-Don Sosa tengo buenas botas y usted conoce lo suficiente para que nos metamos entre vacas y toros salvajes. Los pumas son ariscos por naturaleza y si no se los molesta ni se acercan.

-Además no sé si debo llevarlo. La hondonada me buscó a mí, no a usted.

-Bien… mejor no hablemos más del tema, cuénteme de su trabajo aquí en el campo.

-Tranquilo… muy tranquilo. Suelo recorrer los alambrados del bajo, recuperar los hilos que se han cortado, cuidar que no entren extraños, cada tanto darle una barrida a la casa grande, cuidar que no se roben los pocos animales que hay.

-¿Cómo se arregla sin luz?

-No es problema para mí. Tengo algunas velas en el rancho y hasta un sol de noche que me trajo el ingeniero. En realidad no los necesito porque me desplazo bien en la oscuridad. Fíjese que hace más de un año que se rompió la camisa del sol de noche y lo he dejado así. Muchas veces hago un fogón grande pegado al rancho más que nada por el frío, pero también ilumina. Para el agua tengo el arroyo de aquí enfrente. El ingeniero es bondadoso y trae víveres una vez por mes. Además si necesito algo especial, eso sucede muy de vez en cuando, voy al almacén del bajo o a la casa de un vecino.

-¿Nunca tiene dolores, alguna enfermedad?

-Gracias a Dios soy sano, pero siempre alguna dolencia aparece.

-¿Entonces?

-Conozco las propiedades de los yuyos. He aprendido a no desesperar. Con paciencia el cuerpo responde y todo vuelve a la normalidad.

-¿Le sirvo?- preguntó Alfredo.

El hombre dijo que había comido mucho pero un bocado más no se notaría.

-¿Cuántos años tiene don Sosa?

-Muchos. Ochenta y cuatro.

-Lo felicito, yo no le daba más de setenta. Se ve que la montaña le cae bien. ¿Siempre estuvo aquí? Se lo pregunto porque tengo una imagen de que el criollo es un hombre de pocas palabras. Además usted se expresa con fluidez, no desentonaría en la ciudad.

-En general hablo menos que esta noche. Ignoro el motivo por el que le conté tantas cosas. Me siento cómodo con usted. Cómo si lo conociera desde siempre. Como si lo hubiera estado esperando. Dejando a un lado lo que siento le respondo que hasta los treinta años viví en San Luis. Fui a la escuela e hice gran parte del secundario. Por ese entonces me empleó el padre del ingeniero, gran persona, también se dedicaba a la construcción. Fui maquinista y mecánico. Cuando llevaba 15 años en la empresa el padre del ingeniero compró este campo y le pedí que me nombrara de puestero, de cuidador. Se opuso. Yo le era útil en la empresa y además se había encariñado, me trataba como un hijo. Le insistí mucho, le rogué, aparenté enojarme y cosas así hasta que extenuado aceptó.

-O sea don Sosa que usted lleva cincuenta años en esta soledad.

-Y feliz. Aquí conocí a mi esposa, que fue una mujer maravillosa. Sí, Virorco y yo nos llevamos bien. Reconozco que para usted debe ser difícil entenderme. Viene de la ciudad, le resulta molesta la falta de luz eléctrica, de agua corriente, de gente. Sin embargo aceptará que hay personas que prefieren vivir en el desierto, en la selva, en soledad.

-Así es don Sosa. Cuesta aceptarlo pero es así. Le agradezco una vez más que confíe en mí a quien recién conoce. Que sienta que lo conociera desde siempre.

Alfredo hizo una pausa y luego sonriendo agregó:

-Pero le hago notar que se negó a decirme su nombre.

-Siempre hay reservas, secretos, aún entre personas que se quieren. En su caso y para demostrarle mi aprecio se lo diré: Gumersindo. ¿Suena mal?

-Común no es. Por lo menos resalta.

-Si usted se anima podemos sellar nuestra amistad.

-¿De qué forma?- preguntó Alfredo.

-Mañana por la noche lo llevaré a la hondonada. No iría a ese lugar

con nadie. Sin embargo me atrevo a invitarlo.

-Mire don Sosa que a las personas mentirosas les crece la nariz.

-El poroto que tengo de nariz seguirá igual. ¿Tiene miedo?

-No creo en hechicerías ni en espíritus. Cuente conmigo. Con una salvedad, mañana es domingo y el lunes trabajo. ¿Volveremos a tiempo para que pueda llegar a San Luis antes de las ocho de la mañana?

-No se preocupe. La Hendija cierra temprano.

-Pensándolo mejor no tiene importancia. Si llego tarde o no voy no será una tragedia. Quiero conocer ese lugar.

-Más que eso Alfredo. Necesita saber si le he dicho la verdad.

Hablaron un tiempo más. Después se despidieron. Don Sosa le ofreció el rancho para dormir pero Alfredo le contestó que debía acostumbrarse a dormir en carpa. El anciano le aconsejó que agregara suficiente leña al fuego para que no sintiera tanto frío.

Una vez que agregó leña fue hasta el Renault y sacó un viejo colchón de lana de una plaza, enrollado y atado con un hilo. Lo colocó en la carpa. Regresó al automóvil para traer unas colchas de lana y un almohadón. Se prometió conseguir una bolsa de dormir para la próxima vez que fuera para estar más abrigado. Cuando terminó el armado de la improvisada cama colocó el sol de noche en el suelo, a la altura que ocuparía su cabeza. Antes de acostarse buscó pomada repelente con la que se embadurnó el rostro. "Que frío. Si no aguanto me iré al auto", se dijo.

Decidió acostarse vestido, hasta se colocó guantes, con una botella de vino a mano convencido que el alcohol lo ayudaría a soportar la helada que caía en esa noche de luna llena. Se tapó con las colchas y ubicó el almohadón que le serviría de almohada. Tomó dos tragos largos de la botella. Con la mirada fija en la tela de la carpa pensó: "Dónde te has metido Alfredo. Con un viejo mentiroso, durmiendo sobre piedras y tierra húmeda, a punto de subir una montaña para demostrarle al viejo que no sos un pueblerino miedoso y crédulo. ¿Te sentís mal?, se preguntó. La verdad que no. Estás viviendo una aventura. No tenés el culo en la silla de la oficina, colocando sellos y foliando. Si ese tipo de ochenta y cuatro años anda de aquí para allá, un pendejo como yo no puede encerrarse en donde no pasa nada. Si no duermo por el frío me meto en el auto y si

tampoco concilio el sueño allí una noche en vela no mata a nadie. Sólo espero que no me pique un bicho venenoso. La verdad es que me siento bien".

Su pronóstico no se cumplió. Diez minutos más tarde dormía como un tronco, roncaba fuerte y soñaba. En su sueño se veía en la laguna peleando por cobrar una perca inmensa. La lucha fue larga pero logró traer el pez a la orilla y engancharla con un arpón. Detrás suyo estaba don Sosa diciendo: Supongo que ahora me cree. Esa trucha pesa más de diez kilos.

A la mañana siguiente le costó ubicarse dónde estaba. A través de la lona de la carpa se notaba una fuerte luminosidad. Cuando recordó lo sucedido en el día anterior, sonrió. Era un triunfo haber dormido en la carpa sin sentir frío. Es más se incorporó a medias y se dio cuenta que tenía calor. El sol de noche se había apagado mientras dormía. No tenía picaduras ni dolores. "Te has recibido de aventurero", se dijo. Salió de la carpa. El sol pegaba con ganas pese a la estación. El astro había cruzado la línea media del cielo. "Debe ser tarde. Por lo menos mediodía", calculó.

-Buen despertar- era don Sosa saliendo con dos platos humeantes del rancho.

-¿Qué hora es?- Preguntó.

-Casi las dos.

-¡Cuánto dormí!

-Señal de buena salud. Espero que le guste lo que preparé para comer.

-No se hubiera molestado.

-Ninguna molestia. Usted me invitó anoche y yo lo invito ahora. Un guiso de fideos como Dios manda. Buena salsa, algo picante y con osobuco para que no le falte la grasa para recuperar fuerzas.

-Se sentaron a la mesa y comieron. Alfredo dijo está bueno y más tarde aceptó un segundo plato.

-¿Sigue en pie lo de esta noche?

-Si usted no se ha arrepentido.

-No veo a los perros.

-Los domingos los llevo a la casa de Alfonso porque el ingeniero suele venir y no le gusta que anden dando vueltas.

-Debe estar contento su vecino.

-Tiene varios, ni los nota. No bien se va el ingeniero los busco. Hoy haré excepción porque quiero estar tranquilo cuando subamos a la montaña.

-Termino de comer y si usted me lo permite haré otra encarada a la laguna.

-No regrese demasiado tarde. Es mejor empezar a escalar temprano.

Alfredo, como la tarde anterior, intentó pescar en la laguna, cambiando de sitio, mirando el desplazamiento de las truchas, alrededor de la piedra, en los juncos, en las zonas limpias. Ni un pique. Desilusionado llegó a planear meterse en el agua, la laguna no era profunda, y podía atrapar alguna con las manos, pero desistió porque esos bichos que se desplazaban tranquilos, marchaban con rapidez apenas se les acercaba, con el agravante que el agua estaba helada. Cansado de moverse de un lugar a otro, preparó el mate y se sentó cerca de una caña. Se demoraba chupando con lentitud la bombilla mientras se preguntaba qué sucedería esa noche. "Apuesto que a último momento el viejo pondrá una excusa para no ir".

La tarde llegó prolija, sin una brisa, cielo despejado y por el este apareció la luna. Al principio un segmento anaranjado pero apenas superó el horizonte se transformó en un disco inmenso.

Alfredo cargó el Renault y se dirigió a la casa. Frente al rancho no había nadie. Tocó bocina. "El viejo se mandó a cambiar. Que disfrute. Lo esperaré media hora sino aparece regreso a San Luis".

Antes que se cumpliera el lapso establecido el anciano apareció por la puerta del rancho.

-Supuse que se había ido.

-Perdone la demora Alfredo. Me estaba vendando las rodillas. Los años no pasan sin dejar huellas. Cuando trepo se me aflojan y duelen. ¿Usted está listo?

-Creo que llevo lo que necesito. Preparé la mochila con dos botellas de vino, un ungüento para las picaduras y algo para comer.

-Lo noto desabrigado.

-Pulóver, camiseta, camisa, pantalón de lana, botas. Para mí es suficiente.

-Si tiene otro pulóver o campera llévela. Arriba hace frío.

-Un peso adicional pero si usted lo dice le haré caso.

Caminaron hasta el final de la huella que a esa altura era pura piedra. Después comenzaron el ascenso franco.

-Trate de no apoyar las manos en las ramas o en el suelo. Corre peligro de que lo pique una víbora.

El anciano abría el camino. Seguro, siguiendo los cauces secos o las rutas de los animales. Alfredo lo seguía, le costaba mantener el equilibrio y sentía el aliento acelerado. Tropezaba o se le doblaban los pies por la irregularidad del terreno. En algún momento pensó que don Sosa lo llevaba a un lugar para reírse por su falta de práctica. "Ya sé, espera que me canse y le pida que regresemos. No le daré el gusto". De pronto uno de sus pies se encajó entre dos piedras y no pudo evitar apoyarse en un arbusto pequeño y pinchudo. Eso no fue todo. Del interior del arbusto salió un bicho con pinta de zorro que chilló y lo intentó morder rompiendo la campera que Alfredo llevaba en el brazo para después desaparecer con rapidez.

-¿Qué fue eso?- gritó Alfredo asustado.

-¿Lo mordió?

-No… me cortó una manga de la campera.

-Tuvo suerte. Una comadreja. Tienen dientes afilados y no aflojan cuando muerden.

-¡Si me agarraba el brazo me hubiera dejado el hueso pelado!

-¿Quiere regresar?

-Ahora menos que nunca. Siga caminando que prestaré más atención.

-Buena medida. Mire allá arriba, al lado de esa roca que se asoma al vacío. ¿Alcanza a ver?

-La luna ayuda. Vacunos. ¿Cuál es el problema?

-Que ocupan la senda por la que vamos y no son amistosos. Tendremos que dar un rodeo grande si no queremos ser corneados.

-Esto viene a ser el fin del mundo. Solo falta que se presente el diablo.

-Ni lo mencione. Aquí la maldad no tiene lugar. Le aseguro que Virorco es un paraíso. Lo que no significa que cada uno cuide y defienda su

lugar. Usted reaccionaría de la misma forma si desconocidos se metieran en su casa. Respetemos su lugar y esos animales ni se molestarán.

Después del rodeo obligatorio se aproximaron a la cima. Al llegar vieron a lo lejos las luces de la ciudad.

-No fue tan difícil don Sosa. Nos queda el último tramo hasta la hondonada.

-Hacia allá vamos. Como falta poco por qué no le damos unos piquitos a esas botellas que trae en la mochila.

-Con gusto. Tengo unas latas de picadillo.

-Siempre es bueno tomar con algo en el estómago.

-Se mantiene en forma -dijo Alfredo mientras descorchaba- A mí me tiritan las piernas. ¿Cómo anduvieron sus rodillas?

-Ni las sentí. El secreto es saber vendarse.

-Quiero decirle algo don Sosa. A esta altura ya no me importa que exista esa hondonada que usted dice. En estos dos días he aprendido mucho y me he sentido contento. He hecho cosas que nunca pensé hacer, como subir de noche a esta montaña. Creo que usted ha tenido que ver en mi cambio de ánimo. Una vez más se lo agradezco.

-El agradecido soy yo. Pensé que esta noche no llegaría nunca. Hasta que usted tocó por primera vez la bocina frente al rancho. Entonces supe, ignoro el porqué, que era la persona indicada… en fin… el vino está rico y el picadillo acompaña bien.

Al terminar el viejo se incorporó y dijo desafiante:- allá vamos. La Hendija espera.

El trecho que recorrieron fue corto. La cima de la montaña se quebraba para descender unos cuarenta metros.

-Señor desconfiado ésta es la hondonada.

-No veo nada extraño.

-Tenemos que descender hasta la base.

-No será fácil. Deberíamos ser alpinistas para llegar allá abajo.

-Usted me sigue. Se va apoyando en donde yo me apoyo. Sin apuro. Afirmando bien los pies. No pise en las piedras sueltas.

-Adelante don Sosa. El vino y mi falta de cordura me aflojan el miedo.

Bajaron y sin inconvenientes hicieron pie en la base de la hondonada.

-¿Y ahora qué? - preguntó Alfredo sintiéndose invencible por haber logrado el objetivo.

-¿Ve aquella luminosidad?

Pocos metros más delante de un hueco en el terreno emanaba una luz tenue.

-¿Una gruta?

-La Hendija - respondió el anciano.

Al llegar al lugar Alfredo miró hacia adentro pero la luz que de ahí salía le impidió ver nada.

Don Sosa ingresó por el medio del halo amarillento. Alfredo dudó unos instantes pero después hizo lo mismo con resolución.

La luz los acompañó unos pocos pasos para después desaparecer. Enfrente de ambos se abrió un cielo sin nubes de un celeste claro, con un sol grande.

-¿Qué es esto?- preguntó Alfredo sorprendido, sabiendo que la respuesta vendría sola.

Era un hermoso prado, con jardines cubiertos de flores. Gente caminando por los senderos. Alegres, conversadores y distendidos.

-Estoy soñando- afirmó Alfredo, sabiendo que no lo estaba.

Unas personas se les acercaron. Les dieron la bienvenida y dijeron:

-Por el momento esta es vuestra casa. Hagan lo que ustedes deseen.

-¿Todavía piensa que le miento? - pregunta don Sosa.

-Es un lugar bello pero pienso que lo sueño. Que estoy durmiendo en la carpa y sueño por lo que usted me ha contado durante el asado.

-Lo dejo con su duda. Debo encontrar a mi mujer. El anciano comenzó a caminar y se mezcló con la gente que recorría los senderos.

El pensamiento se ancló en dos frases: Se trata de un sueño y no es posible. Al final cansado de esas reiteraciones observó a su alrededor y se dijo que debía reflexionar. En primer lugar vengo de una noche con luna y aquí es de día. Me encontraba en la cima de la montaña y ahora estoy en un prado sin límites, con jardines llenos de flores. De la soledad de Virorco y de las sierras de San Luis me encuentro con este espacio donde cientos o miles de personas se han dado cita para caminar, charlar y presumo pasarla bien. De uno a otro lado solo un

hueco en la montaña iluminado. Como si de alguna forma al atravesarlo entráramos en una dimensión diferente. Me cuesta aceptarlo, pero lo tengo a la vista. Curiosamente no advierto construcciones de casas. Todo es llano y vegetal. Pero las personas están. ¿Son personas? Noto que se deslizan con elegancia, como si flotaran. Entonces… acepta que se trata de espíritus que por alguna razón visitan la tierra sin desprenderse de la luz, el cielo claro y flores maravillosas. No tengo respuesta para nada. Me quedan dos alternativas: regreso por donde vine o intento que esos seres llenos de alegría me expliquen de qué se trata esta especie de encantamiento. No está en mí mantener esta duda para siempre. Tengo que hablar con ellos y si al hacerlo me despierto será una forma de saber la verdad.

Alfredo se acercó a uno de los senderos y se paró antes de ingresar. La gente iba y venía. Todos lo saludaban pero sin detenerse. Se preguntó qué debía hacer para que alguno de los paseantes le prestara atención. ¿Debía tomarlo del brazo? ¿Llamarlo? ¿Rogarle que se detuviera un instante?

No necesitó hacer nada. Un hombre se dirigió hacia él y luego de darle la consabida bienvenida lo invitó a caminar.

Alfredo se emparejó al lado del hombre y lo primero que dijo fue gracias, agregando después: estoy confundido.

-Es natural- respondió el hombre que tenía un rostro familiar para Alfredo sin que esa conclusión le permitiera saber dónde o cuándo lo había visto. -La Hendija confunde y da temor. Por lo menos a quienes no han sido llamados. No digo que sea su caso. Don Sosa lo necesitaba a usted para esta noche. Digamos que fue llamado a medias.

-¿Conoce a don Sosa?

-Por supuesto. A usted también lo conocemos.

-Qué curioso a mí su rostro me parece familiar. No puedo precisar dónde lo he visto.

-Han pasado años y creciste -dijo el hombre tuteándolo. -Te daré una pista: eras vecino y malcriado por mí.

La pista fue más que suficiente.

-Usted es Carlos, el esposo de Clara.

-Así es.

-Pero usted murió hace años.

-No es una novedad. Es más, influí para que vinieras. Apoyé el pedido de la señora de don Sosa.

-¿Por qué pidió verme?

-A Clara le queda poco tiempo de vida. Ella está sola desde que fallecí. No se trata con los parientes, ni con los vecinos. Es una buena mujer. Necesito que la acompañes en el escaso tiempo que le queda. Ve a vivir a casa. Te recibirá con los brazos abiertos. Te lo agradeceré, hecho éste que ni te enterarás porque hoy es el único y último día que nos vemos. Ya no tengo más tiempo, confío en vos.

Alfredo intentó seguirlo pero no tuvo éxito. Carlos, quien había sido esposo de Clara, la mujer que le regalara el auto, desapareció como si hubiera mimetizado con otra persona o evaporado.

Alguien le tocó el hombro.

Era don Sosa, acompañado por una mujer.

-Alfredo, suerte que lo encuentro. Perdón, le presento a mi señora.

La mujer inclinó su cabeza ceremoniosamente y sonrió. En ningún momento estrechó la mano que Alfredo había extendido.

-Debe irse ya -ordenó don Sosa -La Hendija se cerrará.

-¿Y usted?

-Me quedo con mi señora. Ya es tiempo que vuelva a vivir acompañado.

-¿Vivir?

-La vida mi querido Alfredo no se pierde nunca. Toma otros caminos, otras formas. Le agradezco tanto que me acompañara esta noche. Yo tenía que venir con usted. Así lo sentía. Ignoro quién lo necesitaba ver de este lado pero La Hendija no se hubiera abierto sin su presencia. Ahora le ruego que regrese a Virorco. La Hendija se cerrará pronto.

-¿Qué le diré al ingeniero? ¿Qué será de sus perros? La muerte no la decide usted. Vuelva conmigo y espere que Dios lo llame. Tiene suficientes años para mostrarse ansioso. ¿Qué gana con quedarse?

-Mi querido Alfredo. Créalo o no pero el Señor me ha llamado. Lo sé desde ayer cuando usted llegó. Por los perros no se preocupe. Le mentí. Se los regalé a Alfonso. Le dije que me iba, cosa que es cierta,

que me habían ofrecido un trabajo en el litoral, por supuesto esto es mentira. Al ingeniero le he dejado una carta en el rancho. Le agradezco su bondad por todos estos años y le digo, otra mentira más, que unos parientes del litoral me necesitan. Que lo esperé hasta este domingo con la esperanza de despedirme personalmente pero me vinieron a buscar, mentiras a medias, y debí irme con mi gente. Basta de charla, el tiempo vuela, váyase.

Alfredo sin despedirse regresó hacia La Hendija, que cruzó corriendo. Del otro lado la noche, la soledad y el silencio.

Trepó hacia la cima. Apurado, dañándose con las espinas de los arbustos, resbalándose en las piedras sueltas, lastimándose las manos cuando se afirmaba para no caer.

Lo logró. Al llegar la cima tiritaba. Se apartó de la hondonada y se sentó para recuperar el aliento. Desde allí pudo ver cómo la montaña se recomponía sobre la hondonada hasta que la cubrió totalmente.

Ausente, temeroso, comenzó el descenso. Al llegar al rancho de don Sosa reunió sus pertenencias y las cargó sin orden en el Renault. Miró por última vez la montaña y subió al vehículo. Dio vuelta en redondo e inició el regreso. Pasó al lado de la laguna y evitó mirarla. Al atravesar la tranquera la dejó abierta sin cargo de conciencia.

En la ruta se sintió más tranquilo. Se propuso devolver la copia de la llave al ingeniero cuanto antes, argumentando que la pesca no era buena en la zona, sin comentarle nada de lo ocurrido. Se prometió dos cosas: acompañar a doña Clara y en lo posible olvidarse de esos dos días. Como si esto fuera tan fácil de lograr.

Años de vacas gordas

¿Quiénes son los sentados a la mesa comiendo asado con ensaladas en el salón que precedía a la cancha de pelota a paleta en el Club Gimnasia y Esgrima de San Luis?

Pelotaris y socios del Club.

Había finalizado el último partido de la noche y las luces de la cancha aún permanecían encendidas. Los deportistas se habían duchado y cambiado en el vestuario ubicado al final del salón y ahora, como sucedía tres o cuatro veces por semana, se agrupaban alrededor de la mesa dando cuenta de costillas y chorizos hechos a la leña en el asador construido en el extremo sur del patio al aire libre. El Negro Puertas iba y venía con una fuente grande pidiendo que masticaran más lento porque las piernas no hacían tiempo para ir hasta al asador y volver. La esposa del Negro se ocupaba de reponer las ensaladas, el pan y la bebida. ¿Quién era el Negro Puertas? El cantinero de la institución. Nadie hubiera dicho que el Negro no tenía ascendencia africana. Tez oscura, cabello con motas, dientes blancos y firmes, labios gruesos, ojos grandes de mirar asustadizo. De niño fue lustrabotas, diariero, cadete. Más grande se hizo mozo y ahora, a los sesenta años, era encargado de la cantina. Hombre de buen humor que festejaba las bromas inocentes y permanecía serio si el chiste necesitaba una elaboración personal para encontrarle el sentido. Se sabía, porque él lo había contado varias veces, que su padre fue policía y había muerto "en el cumplimiento del deber" cuando se arrojó a un pozo negro para salvar a una persona que se había caído ahí. La persona, gracias a su ayuda, se salvó, pero el padre del Negro no pudo salir. El Negro Puertas guardaba en el bolsillo monedero de su pantalón gastronómico una medalla de oro que el Gobierno provincial le otorgara post mórtem a su madre, que a su vez se la diera a él, al cumplir 18 años, previo juramento que la tendría de por vida. Esa anécdota, una noche de asado disparó otra. Uno de los presentes le preguntó al grupo qué cosa les gustaría realizar antes de morir. Las respuestas fueron variadas. Algunos respondían lo que deseaban, otros contestaban cosas absurdas, en lo posible humorísticas. Fue Patafio quien se dirigió al Negro que al final de la cena se acodaba

en la heladera vitrina para escuchar a los deportistas.

-¿Y vos? ¿Qué querés hacer antes que la Huesuda te lleve?

-¿Yo?- preguntó el Negro y después de un breve silencio: - Antes de morir quiero conocer África.

¿Quiénes estaban sentados a la mesa? En la cabecera Sonio Correa; en los costados, el presidente del club, RobyLavía, el Loco Barloa, Antonio Muñoz, Rulo Muñoz, Bernabé Vera Ponte, Miguel Puertas, Antonio Valentini, Eduardo Villegas, José María Alva, Mario Noé Estévez, Luis Quintas, Guillermo Pegels, Alfonso España, Carlos Gómez, en la cabecera contraria Pinin Miotti, Patafio y varios socios más.

¿Cómo se habían logrado esas reuniones semanales donde concurrían buenos jugadores, pésimos jugadores y otros que no practicaban el deporte?

Se supone que el presidente, joven, a punto de cumplir 27 años, tenía algo que ver.

Conviene analizar.

El joven presidente había crecido en la institución recibiendo permanentes ejemplos de los anteriores dirigentes. Punto a favor.

Siguió con la costumbre de mantener en compartimentos estancos cada deporte. Punto en contra.

Continuó practicando tenis, ignorando las internas de natación, básquet, pelota a paleta. Otro punto en contra.

Por lo tanto atribuirle a él solo que los socios dejaran de estar separados sería injusto.

Recibió consejos y actuó en consecuencia. Escuchó a Sonio Correa, Valentini y Muñoz, que lo acompañaban en la comisión directiva y practicaban paleta. Silvio Gatica hizo lo propio desde la natación. Araniz, Celorrio y otros le dieron una mano con el básquet.

El presidente comenzó a frecuentar los distintos espacios de cada disciplina. Lo primero que visitó fue la zona del trinquete. Un sábado por la tarde.

Conocía a algunos de los jugadores. A Bernabé Vera Ponce, lo conocía del colegio secundario. En esa época el Negro, así se lo llamaba, con su físico imponente jugaba al vóley, al básquet y por supuesto a la paleta.

Con los años se trasladó a Buenos Aires donde ganó el campeonato metropolitano de paleta. De regreso a la provincia se dedicó a este deporte en exclusividad. La lista de pelotaris era extensa.

¿Cómo no conocen a Roby Lavía y a Rulo Muñoz? Roby era un delantero excepcional, rápido, astuto, con temple. Rulo, buen zaguero lo opacaba en porte la presencia del Negro Vera Ponce, sin que dejara por este motivo, despertar admiración también. El hijo del cantinero, Miguel Puertas, era un adolescente que se abría camino como delantero, promesa cierta para un futuro no muy lejano. A "Willy" Pegels, en el club no se lo llamaba Guillermo, le gustaba el tenis y también la paleta. Allí lo tenía de compañero a Luis Quintas, propietario de un negocio de ropa y calzado masculinos "La Moderna".

El sábado que el Presidente fue al trinquete, notó que un hombre sentado junto a la reja alentaba y daba indicaciones a un jovencito de pelo largo y lacio, atado con una vincha que le otorgaba aspecto de indiecito, por lo menos para el presidente, que años después lo bautizaría con cariño como Patoruzú, el personaje de Dante Quintero.

Le preguntó al Negro Puertas quiénes eran.

-Don Villegas y su hijo Eduardo.

Sobre el final del partido el joven retó a su padre, acercándose a la reja, exigiéndole que no le diera más consejos de mala forma y con alto tono.

El presidente esperó que abandonara el trinquete y se acercó a ambos. Luego se dirigió al joven y dijo:

-Buenas tardes. Soy el nuevo presidente de la institución. Te quiero hacer saber que en caso que repitas tu inconducta se te sancionará. La mala educación no está invitada a esta institución.

El padre, hombre de edad, se acercó algo más y sonriente dijo:

-Gusto en conocerlo. No pretendemos ofender a nadie. Ya es una costumbre entre nosotros. Somos sanguíneos. Jugué siempre a la paleta hasta que la rodilla se hizo trizas. Deseo que mi hijo sea un gran pelotari. Que alcance objetivos que no pude alcanzar.

-Me parece bien pero si se repite su conducta lo suspenderé –repitió el joven presidente.

Por supuesto que el joven Villegas reincidió y fue suspendido. Ese muchacho que en la noche de la cena se encontraba sentado a la mesa, cambió su comportamiento y fue un zaguero de nivel nacional. Fue más que eso, padre en su tiempo, enseñó a los hijos varones, con dedicación. Esos niños serían campeones mundiales de pelota. Triunfaron en Francia, España, México y tantos otros lugares sin olvidar por el éxito a su terruño.

El presidente ese sábado que visitó el trinquete decidió, para lograr el amalgamiento social, dejar el tenis y practicar paleta. Para iniciarse invitó a Sonio Correa, Antonio Muñoz y Valentini.

Le resultaba fácil atinar a la pelotita de goma negra, tenía buena mano para tirar tambor y reja, le era imposible usar la zurda porque el revés del tenis se le había pegado para no irse más. ¿Fue un buen jugador? ¡Para nada! Pero le alcanzaba para mezclarse con la mayoría que nunca llegaría a jugar en primera.

¿Quién dio otra mano en la vinculación de los socios? Sonio Correa.

¿A qué se dedicaba este socio? Si bien Sonio era el secretario del club se decía que pertenecía al inventario de la institución. Su casa colindaba con el club. Por las mañanas se desempeñaba como inspector de comercio. Un hombre que había nacido bueno. En su función trataba de solucionar los problemas de papelerío de los pequeños negociantes, sin interés particular alguno.

Los inspeccionados lo adoraban, lo escuchaban con atención y si debían enmendar algo lo hacían sin chistar. El beneficio que obtenía Sonio, sin que él lo pidiera, es que cada tanto los comerciantes agradecidos le regalaban carne, verduras, frutas. Sonio no usaba esos regalos para él. Como en la mayoría de los casos recibía víveres, los repartía entre otros empleados al principio, pero no bien integró la comisión directiva decidió hacer comidas para los socios sin costo alguno para los invitados, porque era Sonio de su propio bolsillo quien "le tiraba" unos pesos al Negro Puertas por el uso de vajilla y servicio.

¿Cómo se daba tiempo?

Simple. Al terminar la jornada laboral (precisamente a las 13 horas) pasaba por su casa, se colocaba un conjunto deportivo y se iba al club,

donde se quedaba toda la tarde e inclusive hasta altas horas de la noche.

A veces llevaba a su hija Clementina, una niña dulce, suave y con una sonrisa de ángel.

Durante las horas que permanecía en el club, Sonio Correa tomaba a cargo, sin que nadie se lo exigiera, las relaciones públicas, zanjaba discusiones entre los cadetes, inscribía socios, reemplazaba a cualquier empleado, limpiaba, hacía brillar el piso de la cancha de paleta con el lampazo, refacciones eléctricas menores, se trenzaba en un partido de básquet con los infantiles, era juez (umpire) en partidos de tenis donde los jugadores juveniles dirimían supremacías. En verano cuidaba a los bañistas y ordenaba saltos desde el trampolín, etc., y como se dijo, cocinaba.

Los socios recurrían a él ante cualquier inconveniente. Muy querido. En una oportunidad un cadete de apellido Aostri logró una medalla en Colombia, quizás un Sudamericano en tenis de mesa (o más conocido como ping pong antes que llegaran las paletas chinas que reemplazaron a las de corcho).

Sonio se desprendió de un reloj nuevo, que abonaba en cuotas y se lo regaló.

Ese querer dar lo llevaba a meter la pata. Como sucedió con un socio nuevo de apellido Alcantú, que estudiaba física en la universidad local. Cada seis meses la comisión directiva aprobaba los socios vitalicios (o sea aquéllos que sumaban veinticinco años como socios). En una de esas reuniones apareció la ficha del estudiante. El presidente que ya conocía a su masa societaria preguntó: ¿Alcantú vitalicio?

-Me he equivocado- reaccionó con rapidez Sonio, montando con el dedo índice los anteojos que se deslizaban por la nariz.

Cuando estuvieron solos el Presidente le recriminó que intentara perjudicar a la institución. Sonio inclinó la cabeza como si el mundo lo estuviera juzgando.

Después tartamudeando dijo:

-Tenés razón, le quise dar una mano, él ha venido de afuera a estudiar y los padres le envían poco dinero. Le cuesta pagar la cuota. Además es un buen jugador de paleta y buena persona.

-No hacemos beneficencia. El dinero del club es para el club- aclaró molesto el presidente, aunque sabía que su enojo no haría cambiar a Sonio.

En esa amalgama social de disciplinas varias contó en natación con la colaboración de un señor Gatica y su esposa, que hacía poco tiempo habían regresado a San Luis. Tenían una hija que naturalmente era una brillante nadadora. Fueron muchos los triunfos que le otorgó a la institución hasta que como tantos se fue a estudiar fuera de la provincia. Regresaría años después como médica. En el mismo deporte fueron fundamentales Curioni, Anahí Mera, Rezzano.

Total que el Club se hizo grande, muy grande. El padrón contaba con seis mil y pico de asociados. No todos abonaban la cuota en término lo que obligó a colocar una casilla en la entrada donde los intendentes controlaban el ingreso.

Se multiplicaron los deportistas en todas las áreas. Natación en verano tenía una concurrencia inapropiada. Hubo días que ingresaron más de seiscientos bañistas.

Patafio trajo a la comisión directiva, una idea que se aplicaba en los clubes de Buenos Aires.

-Se trata de dos tipos de socios. El socio activo que tiene derecho a ingresar a la institución, consumir en la cantina, precio especial en entradas a competencias especiales. El que practica una disciplina debe abonar un plus mensual. Diré de esta forma: socio activo y socio deportista ¿Me entienden?

Revuelo.

-¿Estás loco? ¿Encima querés cobrarle al que practica un deporte? ¿Querés que nos linchen?

Tres meses de discusión.

¿Por qué se demoró tanto?

Algo debe haber influido en la cerrazón de cabeza que es patrimonio de todos con los cambios. También que la idea la trajera Patafio. No era de San Luis. Su profesión, así lo decía él, modisto de señoras.

Producía mucha gracia aunque el presidente le pidió en una oportunidad que le hiciera dos trajes, aunque mientras se los hacía puso

en duda la decisión tomada porque Patafio hacía vestidos de novia, blusas y polleras. Los trajes a medida fueron terminados en tiempo y forma correcta. También le jugaba en contra a Patafio el ser un hombre tímido, que si se ponía a discutir se le cruzaban las palabras y se ahogaba. Pero era obstinado y hacía trucha si no obtenía lo que quería. Reafirmaba que debían existir las dos categorías de socios, además de los vitalicios, los honorarios y los contribuyentes.

-Todos contribuimos- les respondían.

-También tengo que explicar eso. Una empresa puede aportar dinero para publicidad o por simpatía. No será socio pero tendrá el reconocimiento nuestro. Podrán llamarlos socios adherentes, póngales el nombre que quieran.

La propuesta con idas y venidas se aprobó con disgusto de muchos socios que no se convencían en pagar más por el uso de las instalaciones. Al final se le dijo que sí.

El descontento no llegó a mayores, como se dice y el club mejoró su situación económica.

¿Qué beneficios trajo?

Se construyó otro salón sobre el techo del salón que servía para fiestas y cantina. ¿Con qué fin? Integrar a la mujer. El espacio sirvió como gimnasio femenino. Se mejoraron los vestuarios. Se adquirió un terreno colindante. Hubo cambio de luminarias.

Hubo otro beneficio con los nuevos ingresos. Se nombraron profesores rentados, en todas las disciplinas, en algunas actividades más de uno.

Los resultados deportivos mejoraron. El club competía dentro y fuera de la provincia. El básquet mantenía equipos en todas las divisiones y ninguna fracasaba. El tenis consolidó jugadores de jerarquía. La natación ganaba el torneo más importante entre la ciudad capital y Villa Mercedes al adjudicarse tres veces el trofeo (dos consecutivos y uno alternado).

La paleta conformaba parejas que competían con dignidad y resultados en diferentes encuentros del país. Fue el tiempo de Eduardo Villegas, Miguel Puertas y el eterno Roby Lavía. Llegaron a San Luis los mejores pelotaris, en especial el "Ruso" Sheter, varias veces campeón mundial.

Un tipo macanudo (calificativo acertado porque representaba a Capital Federal). Aún faltaban unos peldaños para derrotarlo pero se recuerda una final en San Luis que terminó 30-29 como se computaba entonces, donde Roby Lavía se transformó en un titán adelante y con cada tanto que ganaba gritaba: ¡Vamos, vamos! Se viajó a todos los campeonatos nacionales pero hubo uno que brindó una anécdota inolvidable. Se realizó en Gualeguay, Entre Ríos. Por ese entonces no se terminaba el puente Zárate-Brazo Largo. A la provincia se accedía por el Túnel Subfluvial que unía Santa Fe con Paraná o bien por barcazas. Eran escasos los turistas. Gualeguay por falta de trabajo se había quedado sin hombres y las mujeres eran mayoría. El día que la delegación puntana llegó al club donde se disputaría el torneo, fue recibida por dirigentes de la Federación y un público mayormente femenino que saludaba a los pelotaris y los convidaban con mate, ya que algunas cargaban termos. Fue algo inusual, pero el más sorprendido fue Miguel Puertas que por ese entonces transitaba la adolescencia y verse rodeado por las jóvenes lo hacía poner colorado (pese a la piel oscura) y contento. Al finalizar el campeonato Miguel le dijo al presidente que se quedara unos días en la ciudad porque tres hermanas lo habían invitado a la casa familiar.

-El Negro me mata y tu mamá Sarita, hace picadillo con lo que quede de mí.

-Presidente, no van a decir nada.

-No correré riesgos.

Y Miguel regresó, sin decir palabra y enojado.

Una anécdota trae otra.

El campeonato se jugaba en Neuquén. La pareja que representaba a San Luis estaba conformada por Rulo Muñoz y Bernabé Vera Ponce. El primer rival era accesible. La Rioja no se ha caracterizado por pelotaris de alto nivel competitivo. Dos hombres grandes, andarían por los cincuenta, devolviendo con empeño, esperando el error del equipo puntano, ganaron. Vera Ponce no lo podía creer, para decirlo claro, estaba más que caliente. Una y otra vez los desafiaba a los riojanos "por plata" decía. Los riojanos con la experiencia que les daban los años y el humor natural de su pueblo, contestaban:

-Seguro que nos ganan. Si nosotros no jugamos a la paleta. No había a quién mandar y nos engancharon. Qué le vas a hacer Negro. De cada mil partidos podemos ganar uno si vos y Rulo se quiebran. Pero hoy perdieron. No hay revancha.

A Vera Ponce hubo que reemplazarlo en el partido siguiente.

¿Qué pasaba con el tenis?

Se nombró un profesor: Pitín Fernández. Oriundo de Villa Mercedes, ciudad que tenía alto nivel de tenis. Gracias a un médico de apellido Juricich, padre de dos hijos varones para quienes contrató un profesional que entrenaba en el Buenos Aires Lawn Tennis, a Norma Baylon, la mejor tenista argentina hasta que llegó Gabriela Sabatini. Fue ganadora de la triple corona y compitió en el exterior. Molla era el nombre del profesor, quien no dudó en establecerse en Villa Mercedes y en un año logró que uno de los hijos del médico fuera campeón argentino de menores.

En el club Gimnasia y Esgrima surgieron excelentes promesas: Eduardo Cozzolino, Perino, Ruta, Grillo, Roldán.

Entre ellos se destacó Cozzolino. Debía mejorar el saque pero voleaba muy bien y sacaba un revés casi perfecto. Una contra. A veces, no siempre, le daba una amnesia breve cuando jugaba y era necesario que alguien lo hiciera regresar. Decirle que se encontraba jugando al tenis, en tal lugar, cómo iba el tanteador y cosas por el estilo.

Grillo, por su parte era dueño de un excelente estilo, pero no sentía al tenis con intensidad.

El mejor saque pertenecía a Perino y era agresivo en la red. Jugaba a pleno y fuerte, no cuidaba la pelota que perdía más allá de las líneas.

Roldán recién aparecía pero tenía ambiciones. Las explotó a medias porque después se volcó al pádel donde obtuvo éxitos importantes.

A Pitín Fernández en pocos meses le faltaban horarios para enseñar a tantos alumnos y alumnas.

En ese nuevo club las fiestas ocuparon un lugar especial por dos motivos: aumentaban los ingresos y la asistencia masiva lograba un reconocimiento social.

Se realizaban no menos de cinco al año. Con el salón de planta baja no alcanzaba y se debía desmontar la reja de la cancha de pelota a paleta

logrando así el doble de espacio.

Se fijaba una fecha para el próximo evento, con dos meses de antelación. Las entradas se vendían antes que se completara el primer mes. La fiesta consistía en una cena, presencia de números artísticos para finalizar con baile hasta que el sol aparecía. En algunos casos se rifaba un auto.

El destino juega en todo lugar. Cuando faltaban escasos días para el reemplazo presidencial se realizó la última cena de la comisión directiva saliente. Se rifaba un auto. Al llegar al sorteo el locutor cantó en primer lugar la centena, después la decena y se tomó un tiempo para cantar la unidad. Tiempo suficiente para que los presentes se preguntaran quienes poseían unidades del número. Sólo dos personas porque no se habían vendido los restantes.

¿De quiénes se trataba?

Del presidente y Sonio Correa. El presidente le propuso a Sonio dividir el valor del vehículo.

-Lo siento- se negó Sonio, con aire formal y solemne, posición que adoptaba ante una situación seria- Sueño con un auto. Si se lo lleva usted en buenas manos está pero sé que seré favorecido.

Ganó Sonio Correa y pidió champagne para festejar.

Uno o dos años más tarde, regresando de Mendoza en el vehículo tuvo un accidente y falleció. ¿Hubieran sido distintas las cosas si aceptaba la división propuesta? Imposible saberlo.

Hasta el tenis de mesa (el otrora ping pong) logró resultados excelentes. Fue conducido por Jorge Escudero, un nuevo socio, que integró a su familia y se dedicó a dar clases. Sus hijos, Aostri, Ocampo y otros alcanzaron victorias resonantes.

En fin, que el club se había hecho grande y la familia puntana se daba cita en las instalaciones.

¿Quiénes conformaban su comisión directiva?

El presidente de quien no se habla porque se limitaba a ordenar las iniciativas que semana a semana traían los integrantes y el resto se arremangaba y trabajaba.

Dr. Domingo Flores. Un abogado de prestigio, familiero, con varios

años encima, reconocido político.

Alberto Villazón. Un intelectual. No poseía título. Tenía un cargo en el Hospital Provincial. Era casi un experto en psiquiatría. Sobre todo era un lector constante. Su conocimiento y el dominio que tenía sobre el carácter lo hacían un permanente conciliador.

Favio Achinelli. Abogado. Durante parte de su vida se desempeñó como juez. Su trabajo en la justicia se seguía elogiando años más tarde que dejara el cargo. En sus manos estaba la tranquilidad jurídica de una institución que por ser tan grande requería de alguien que previera posibles problemas.

Antonio Valentini y Antonio Muñoz. Dos comerciantes importantes de la ciudad. Comercios vinculados a la construcción. Las obras que se realizaron en el club, importantes, costosas, fueron dirigidas por ellos. Cuando Antonio Muñoz se hizo cargo de la presidencia se fijó el objetivo de techar la cancha de básquet y lo logró a costa de perder mucho dinero.

Pinín Miotti. Adicto al tenis. Gestor. Fraterno en el trato con la gente. Incansable en peloteos que realizaba diariamente con Alberto Villazón y tiempo después con Favio Achinelli. Adicto a jugar metegol después de las cenas. En el pequeño mundo ciudadano algunos le decían el Saludador, por su costumbre de saludar a los que se cruzaba en la calle en forma ampulosa, con movimiento de brazos, llamándolos en un tono alto y si se daba los abrazaba preguntándoles por la familia, trabajo, salud, compenetrado en las respuestas que recibía, como si se tratara de frases de las que dependían su alegría y su tristeza. Encontraba la oportunidad para dar consejos, mientras mantenía la mano apoyada en el hombro del saludado con actitud fraternal. En su adolescencia fue cartero. Después se casó con una de las hijas de un concesionario de automóviles y este hecho le abrió un mundo nuevo. Ser gestor. Tenía otra actividad vinculada al deporte que practicaba: encordaba raquetas y en ese trabajo era único en San Luis.

José María Alva: un porteño que viniera a vivir a San Luis. El seudónimo: Caballo Loco, o Caballo a secas ¿por qué? Por su carácter especial que por ahí se desbocaba y uno temía que se armara gran revuelo, pero nunca sucedió porque él seguía hablando en tono alto,

mirada de loco, pero era incapaz de matar una mosca. Jugaba a la paleta, al tenis, a cualquier otro deporte. Malo en todos. Regular en paleta, se defendía como zaguero. En sus años de adolescente vivió en Buenos Aires. Cuando cursaba la secundaria se desbocó y le dijo a su padre que no iría más a la escuela. El padre dijo: - Bueno, está bien -se volvió hacia su esposa y ordenó- Mañana le ponés el despertador a las tres y media. Lo emplearé en la verdulería de un amigo mío. Así fue. Sólo dos semanas porque Alva terminó con su desboque y rogó regresar a la escuela. Años después en San Luis fue viajante de comercio hasta que alquiló un local frente al sanatorio Rivadavia donde colocó un quiosco. Le fue bien salvo en las horas que le pedía a Sonio Correa que lo reemplazara. Sonio cubría el horario pero mientras lo hacía no dejaba de comer unas masitas arrojando los envoltorios detrás de la heladera de cuatro puertas que se usaba para lácteos y gaseosas. Todo bien hasta que Alva decidió limpiar el negocio que incluyó correr los muebles. Detrás de la heladera encontró una montaña de envoltorios de las reconocidas masitas.

Hugo Pecorari, curiosamente también se había iniciado en el correo pero después conoció a una hermosa mujer de apellido Fabré, cuyo padre poseía una importante papelería en la calle Junín frente a plaza Pringles. Al retirarse del negocio a Pecorari no le quedó alternativa que retirarse de su puesto para ayudar a su señora. En menos que canta el gallo se transformó en un comerciante de primera línea. El matrimonio deseó hasta los huesos tener descendientes pero la vida dijo no. Se resignaron y fueron dos personas dispuestas a ayudar a los humildes y en especial a los niños de la calle.

Silvio Gatica. Tenía aire de médico, así se le ocurría al presidente, siempre de traje, los anteojos y el bigote espeso le daban un aspecto de perenne seriedad. Gracias a él y al carácter inagotable de su esposa, la natación no tuvo límites. Preciso en sus razonamientos ante decisiones difíciles. Padre de esa niña que era una excelente nadadora.

Anahí Mera: la única integrante femenina de la comisión directiva. Una muchacha de 22 años, que ingresó al club por la natación donde formó un grupo de cadetes homogéneo, competitivo. Al mismo tiempo solía ocuparse de diferentes eventos y colaboraba en la organización de

las principales fiestas del club. Su juventud le permitía atraer a esas cenas con show incluido, a los socios jóvenes que de esa forma se sentían más integrados a la institución.

Kaika Araniz: un basquetbolista cerca de su retiro que el presidente había conocido algunos años atrás en un partido de básquet precisamente, que Gimnasia iba perdiendo por un simple faltando cinco segundos. Él tomó la pelota en su terreno y lanzó. El aliento se contuvo mientras la pelota volaba por los aires, fue una eternidad, hasta que la pelota ingresó limpia en la canasta.

Tenía proyectos. El presidente, como era su costumbre, lo escuchó. Como integrante de la comisión directiva creó una escuela de básquet, ordenó las diferentes divisiones y compitió. Los menores, los infantiles, juveniles y mayores asistían a diferentes lugares de la zona Cuyo y en escaso tiempo, con la colaboración de los profesores fueron imbatibles en la provincia. Kaika sería quien entusiasmara a Antonio Muñoz para que construyera el estadio y las tribunas que muchos años después servirían de base a un equipo del Club Gimnasia y Esgrima que había absorbido a Pedernera Unidos. El GEPU que obtuviera la Liga Nacional en dos oportunidades. Logro que no perteneció a la comisión directiva de esos años de vacas gordas pero la referencia no daña.

Sonio Correa: de quien ya se ha escrito y se agrega: laborioso como una mula… ¿será cierto que las mulas trabajan mucho?... ante la duda mejor decir. Sonio Correa por el club se deslomaba, o sea, trabajaba sin límites.

Estas personas con un objetivo común también, también tuvieron tropiezos de diversa índole, como sucede en una obra ambiciosa que no se ejecuta en un día. El más perjudicial de los obstáculos nadie lo pudo prever y los involucrados en el conflicto no sacaron beneficio alguno que por otra parte nadie buscaba. La culpa fue del azar y del arrebato.

¿Qué sucedió?

Entre los viejos dirigentes había una persona que era muy querida por los socios: Julio Díaz. Vivía en una casa ubicada en la calle Tomás Jofré cerca de la esquina que se formaba con el cruce de la calle Rivadavia. Con tres viviendas de por medio con un hermoso chalet que pertenecía

a José Cacace, Pepe, como se lo conocía en Gimnasia y Esgrima. Tal vez sin ofender a nadie, fue el presidente que más hizo por la institución. Bueno, es hora de seguir con Díaz. Los jóvenes socios entre los que se encontraba quien después sería el presidente en épocas de vacas gordas, le tenían respeto pero también buscaban su complicidad porque don Julio los consentía. Le gustaba hacer bromas sobre su juego de tenis, pobre técnicamente pero le servía para tomarse el pelo y divertir a los demás.

-Nadie maneja los efectos como yo- afirmaba -soy maestro del chupete- agregaba y los jóvenes le preguntaban cómo era ese tiro -Simple, tiro corto y el oponente viene a la red lanzando bofes, devuelve como puede y yo efectuó un globo, pasándolo por encima. Por lo tanto el tipo va y viene, como si fuera un chupete.

-¿Les he hablado de mi tiro sombrilla?

-No, no- respondían los jóvenes.

-Lo practico cuando hay señoras sentadas cerca de la cancha. Las alivio del sol. Golpeo y la pelota pasa los límites de la cancha sobre las cabezas de las damas dando algo de sombra y con comba entra a la cancha en el territorio del contrincante y se clava en un ángulo.

-Muéstrenos- pedían los pibes.

-Más adelante, cuando sean jugadores con más experiencia.

Julio Ángel Díaz raramente usaba pantalones cortos, por ser un hombre grande prefería practicar con pantalones largos, blancos, rompeviento frizado. Jugaba mal pero lo hacía con un grupo de jugadores del mismo nivel. Lo que ejecutaba con cierta soltura eran los globos, mientras más alto mejor. Le gustaba organizar torneos en especial de los menores y juveniles. Hacía extensos fixtures y muchas veces imponía el doble knock-out o sea que no se dejaba de participar por una derrota. Quien era derrotado pasaba a la ronda de perdedores, donde si se perdía una vez más el jugador quedaba fuera. El uso del inglés le parecía una regla inviolable. Por esta razón cuando hacía de juez, actividad que le entusiasmaba, si los jugadores eran jóvenes: decía foot-fall (pisar la línea al sacar), first service (primer servicio) y cosas por el estilo.

Julio Ángel Díaz falleció a los tres años de que asumiera la nueva

comisión directiva. No se pudo avisar a las autoridades a tiempo. Tres ex presidentes a quienes el joven presidente admiraba se hicieron presentes en la institución y ordenaron el cierre de la misma por duelo.

Así se hizo y el joven presidente se sintió herido, dejado de lado, desconocido en su autoridad. El amor propio herido le impidió un razonamiento en frío y sancionó a los tres ex presidentes sin prever que esa actitud haría temblar la estabilidad institucional.

Dos meses más tarde correspondía la renovación parcial de la comisión directiva y los antiguos dirigentes presentaron una lista y ganaron.

El Negro Puertas en la tarde de la elección dijo humorísticamente, al ver que llegaban a participar socios de edad, que no solían concurrir a la institución: - Abrieron los sarcófagos (le gustaba esa palabra) vinieron a votar las momias.

La realidad era otra: la decisión arrebatada del presidente joven molestó. Se aceptaba que los viejos dirigentes se excedieron pero la sanción era exagerada.

La convivencia con la comisión directiva entre los socios electos y los que seguían en funciones no fue posible. El presidente joven renunció.

Lo que debió realizarse al inicio del problema se hizo a destiempo. Las partes en disputa se sentaron a conversar para bien del club que transitaba los siete años de vacas gordas, hubo mutuas disculpas y una nueva elección donde la original comisión directiva retomó la conducción. Al finalizar la asamblea el presidente joven selló la fractura y prometió que redoblaría los esfuerzos propios y de los miembros de la comisión directiva para que el club siguiera siendo un ejemplo de institución deportiva.

¿Y si se regresa a la noche en que un grupo importante de socios comía un asado?

¿Qué tenía de particular si todos los días se hacían cenas?

Los que allí estaban sabían que se trataba de una reunión trascendental.

El presidente joven y su comisión directiva habían ejercido la dirigencia por dos períodos.

Siete años de vacas gordas.

De ochocientos socios a un padrón de seis mil. Ampliación de las instalaciones. Once profesores contratados. Triunfos deportivos y sociales en todas las disciplinas que se practicaban y muchos logros más. Fundamentalmente un efecto social sin precedentes.

¿Qué se comunicaba esa noche?

El alejamiento del presidente joven porque su actividad profesional lo llevaba a otros lugares de trabajo.

Llegaron postres y anuncio, con el agregado de la sugerencia que Antonio Muñoz podría ser quien lo reemplazara.

Ya de madrugada se reiteraron promesas de seguir apoyando al club.

¿Qué sucedió?

Muñoz fue presidente. Arriesgó su fortuna personal en esa tarea y con su presencia y de quienes continuaron acompañándolo hizo un excelente gobierno.

¿Qué pasó después?

Los años de vacas gordas se terminan. Así suelen decir.

Nuevos dirigentes, nuevos hechos. Comparar diferentes épocas es falaz y otorga conclusiones erróneas. Por lo tanto los sucesos posteriores merecen su propia historia.

El campeón

El campeón nació en Villa Mercedes, ciudad próxima a San Luis, en 1916. Su padre era francés y su madre italiana. Segundo hijo de los tres que tuvo la pareja. El mayor Juan y Osvaldo el tercero. A él lo bautizaron Francisco, como su padre y abuelo con el agregado de Bartolomé, nombre que le molestó siempre hasta que decidió camuflarlo con una B mayúscula seguida de un punto. Francisco abuelo había nacido en Bayona, Francia y llegó a la Argentina a fines del siglo diecinueve porque su familia huía de una Europa caótica. Cuando las cosas pudieron arreglarse en el Viejo Continente, él decidió regresar. De los ocho hijos tres se quedaron en la Argentina, se sentían identificados con el país que les había recibido. Uno se ubicó en Las Flores o en Monte, provincia de Buenos Aires. Otro eligió Entre Ríos, presumiblemente la ciudad de Paraná. El tercero, el padre del campeón, luego de una breve estancia en Laboulaye, Córdoba, recaló en Eleodoro Lobos, un pueblo puntano. En ese lugar se desempeñó como encargado de un campo de veinte mil hectáreas, que pertenecía a un porteño de apellido Goñi, solterón, millonario e integrante de la sociedad capitalina. Las tierras que poseía en San Luis nos lo desvelaban y la presencia de Francisco "El Francés" le aseguraba que el orden de las cosas no se modificarían, por lo tanto venía una sola vez al año, comía algunos asados y regresaba a Buenos Aires. En esa estancia que llegaba hasta el Río Quinto, Francisco padre llegó a tener 6.000 ovejas propias.

Le gustaba la zona, la gente que la habitaba. Conocía a propietarios, arrendatarios, peones. Daba rienda suelta a su satisfacción al realizar tareas rurales y montar, mejor que los criollos decía. Se casó con Magdalena y esto cambió su vida. Magdalena era una mujer de salud quebradiza. Fue por este motivo que se trasladó a Villa Mercedes para que la esposa pudiera recibir atención profesional. Vendió las ovejas y fue a la ciudad en busca de una casa. Sabiendo que él necesitaba trabajar la tierra y tener animales para sentirse feliz, adquirió una quinta de 27 hectáreas ubicada en la calle Tucumán en el borde de la ciudad. La compró a otro francés, un tal Soirá, quien había construido en el ingreso a la propiedad

una casa amplia, con reminiscencias de castillo, sobreelevada, con un escalón en mármol que permitía acceder a un salón grande, con la cocina a la derecha y los dormitorios atrás, también de medidas generosas. La vivienda tenía pisos recubiertos con listones de pinotea, techos altos de loza, rodeada por árboles de gran porte al frente junto a un molino alto y quejoso cuando el viento era fuerte y sus aspas se movían produciendo un sonido triste.

Atrás de la casa, en perfecto orden, alineados, los frutales y en uno de los costados el jardín. Los galpones, algunos para guardar herramientas y carros, otros para el personal, se encontraban más atrás, cerca de la tranquera del fondo. Más allá la quinta dividida en cuadros. El tal Soirá no sólo había copiado el estilo dieciochesco francés al hacer la casa con grandes ventanas y puertas con postigos, puso énfasis en la puerta de hierro, trabajada en curvaturas simétricas de dos hojas, que daba a la calle Tucumán.

Ahí nacieron los tres hijos de la pareja. A los diez Francisco hijo había solucionado el tema de llamarse igual que su padre. Para ese entonces ya era Pancho, a veces Panchito. Tenía una fuerza descomunal que se afirmó en la adolescencia. Como su padre, comía en exceso y la mayoría de los días, después de almorzar, concurría al comedor de los peones donde se prendía a la carne asada, a los guisos, a los pucheros y a las sopas espesas por la grasa. También escuchaba las conversaciones de los hombres, que hablaban poco pero solían usar bien el doble sentido y reír con sus ocurrencias, mostrando ausencia de algunos dientes y ojos de mirar ladino, como si la alegría que sentían no durara mucho tiempo porque era gente sufrida. Solía colaborar en las tareas de la quinta. Araba con arado de mancera marcándole el surco al percherón que tiraba. Daba de comer a unos cerdos de origen inglés, tusados, altos, traicioneros. Se divertía con las ovejas y mantenimiento de los carros de ruedas grandes, el break y la diligencia que su padre recibiera de la familia antes que regresaran a Francia.

Cursaba el secundario en la escuela normal. Ir y volver a la escuela le llevaba una caminata larga y dificultosa. Sobre todo si llovía. Los guadales de la calle Tucumán se prendían a los zapatos, era necesario

rodearlos evitando resbalarse en las tierras flojas que circundaban el canal de riego, ni hablar cuando éste desbordaba.

Pancho se acercó al objetivo. A los diecisiete años estaba en la recta final que lo llevaba a recibirse de maestro.

En esa época se decidió que no quería ser quintero. No le molestaban las tareas rurales pero intuía que el mundo poseía lugares mejores. Por ese entonces, 1932-1933 aproximadamente, conoció a tres personas que le abrirían una puerta a esos lugares que él imaginaba.

El "Mudo" Cacace, Edmundo Tello Cornejo y el "Tano" Milone que se dedicaban al atletismo en el Club Jorge Newbery apostaron por ese muchacho.

Se dijeron que alguien que poseía un cuerpo tan fuerte debía rendir bien en atletismo. Los tres eran de la misma generación que Pancho. Mientras el Mudo Cacace era un entrenador natural para cualquier disciplina, Milone tenía una capacidad para competir en cualquier disciplina, un deportista excepcional que no había logrado hacer pie entre los mejores, quizás por la dispersión de los esfuerzos. Edmundo Tello Cornejo amaba hasta la adicción el atletismo. Nada extraño en una época que en el país se practicaba mucho. Lo curioso es que Tello Cornejo sabía que él no estaba predestinado a ser un deportista de excelencia. Estos hechos le dieron la razón: fue historiador, escritor, político, pero en esos años probaba suerte en el deporte, era un ávido lector de revistas deportivas, guardaba recortes, apuntaba las marcas que se obtenían en Cuyo, en la Argentina y en el mundo.

Los tres nombrados, después de varias negativas, consiguieron que Pancho aceptara concurrir al Club Jorge Newbery.

Allí lo hicieron participar en distintas pruebas con el fin de determinar en cuál de ellas el muchacho fornido tenía mayores posibilidades si se le enseñaba. Fracasaron en las pruebas pedestres. En las de corta distancia, Pancho era lento en la largada y tardaba en encontrar un ritmo parejo. En las de larga distancia se ahogaba, le faltaba aire. En garrochas no lograba la soltura necesaria. En el lanzamiento del martillo o bala obtenía buenas marcas aunque lejos de las que ellos esperaban.

Un día tuvieron una sorpresa. Pancho miraba a un discóbolo

arrojando el platillo. Como se conocían entre ellos, Pancho le dijo: -Soy capaz de tirar eso más lejos que vos.- El amigo contestó: -Me gustaría verte.

Girando sobre sí mismo hizo un primer intento pero resbaló. En la segunda oportunidad el platillo voló y voló hasta aterrizar cinco metros lejos de la marca que había establecido su amigo.

A partir de ese momento los tres jóvenes que habían puesto los ojos en él supieron que estaban frente a un diamante en bruto que no bien se puliera no tendría oponente.

Pancho participó en torneos locales y regionales. Aprendió rápido. La potencia de su brazo derecho no tenía fronteras.

A los diecinueve años Pancho, según criterio de Tello Cornejo, estaba en condiciones de competir a nivel nacional y obró en consecuencia. Lo anotó en el Campeonato Argentino con autorización del club local. Obtuvo, imposible saber cómo lo hizo, que el club River Plate permitiera que el deportista se alojara y comiera en esa institución sin cargo mientras permaneciera en Buenos Aires. Se encargó de adquirir un pasaje en tren desde Villa Mercedes a Capital ida y vuelta.

Llegó el día de la partida, mejor dicho la noche porque el tren que venía del oeste pasaba por Mercedes rumbo a Buenos Aires a las 23hs. Por esos años ir a la estación era un paseo obligado como sucedía en la mayoría de los pueblos. Pancho, en el andén, tenía sensaciones contradictorias. Era la primera vez que viajaba a Buenos Aires y la curiosidad por esa ciudad era grande. Le habría gustado que su familia estuviera allí para despedirlo, pero Juan, su hermano mayor, andaba recorriendo campos en busca de mulas. Era proveedor de esos animales para la Remonta del Ejército Argentino. Su padre, Don Francisco como le decía la gente, permanecía en la casona de la quinta cuidando a Magdalena, quien la mayor parte de día permanecía en una silla veneciana con una frazada cubriendo las piernas hinchadas que le impedían desplazarse sin ayuda. Osvaldo, el menor de los hermanos era un niño para ir a esas horas a la estación. Quienes no faltaron fueron sus tres amigos y esa compañía amenguaba la tristeza que le producía la ausencia familiar.

-Llegó la hora campeón- dijo Tello Cornejo dándole un abrazo.

Cacace unió índice y pulgar afirmando así el comentario. El Tano Milone amenazó: -No volvás si no traés el título.

El tren partió a horario. Pancho se mantuvo de pie en el pasillo que unía dos vagones. Atrás quedó Villa Mercedes, adelante el camino interminable oculto por la noche oscura.

Después fue en busca de su asiento. Acomodó su valija de cartón en el portaequipajes y se sentó.

¿Será ésta mi oportunidad? Se preguntó antes de dormirse y soñar que se despedía de sus padres, ya no se dedicaba a tareas rurales, era maestro y el pueblo lo admiraba.

A la mañana siguiente, por la ventanilla del tren vio la llegada a la gran ciudad y se prometió mantener los ojos bien abiertos para vivir en ese nuevo mundo y aprender, convencido que una mirada atenta le daría mayores oportunidades de cambiar su vida.

Buenos Aires sorprendía a cualquiera. Sus letreros luminosos, los grandes edificios, el puerto, los barrios con historia, las salas de espectáculos, las diferentes competencias deportivas y tantas otras atracciones. Fue recibido en la institución por otros deportistas del país que también eran alojados por River. Fueron días de entrenamiento intenso y caminatas por la ciudad. No dejaba lugar sin ver. Con el pase gratis que le diera River Plate asistía a peleas de box, partidos de fútbol o de rugby. No dejó institución deportiva sin visitar. El Mudo Cacace le había entregado algún dinero y Don Francisco, su padre, también lo ayudó. Tello hizo una colecta que no fue exitosa pero colaboró con unos pesos más. Con este dinero conoció el cine y el teatro. También visitó los cabarets de la zona portuaria y reconoció para sí que eran superiores al Chanteclair de Villa Mercedes. Sobre todo por las orquestas de tango que allí actuaban.

Al fin llegó el día del torneo. Pancho no estaba nervioso. Para él todo dependía de la fuerza del brazo derecho. Sacar lo mejor de él. Así sucedió con el primer lanzamiento del disco, logró una distancia que los otros competidores no pudieron superar. La hazaña recibió gran difusión en las revistas deportivas, los diarios y radios. Algunos de esos medios se equivocaban al citar el lugar de su nacimiento. Otros, los más precavidos

ante la ignorancia, se limitaban a decir: "El representante del club River Plate".

Corría el año 1935. En 1936 se realizarían en Berlín las Olimpíadas, evento que ya atrapaba la atención mundial. Alemania era conducida políticamente por Adolfo Hitler, quien prometía demostrar que los deportistas germanos eran superiores. El resto de los países tomaban esta afirmación como un desafío al sistema de vida democrático y redoblaban esfuerzos para obtener mejores marcas que los arios.

-Tenés ganado un lugar en la delegación argentina- le decían a Pancho los deportistas que se alojaban en el club.

-A mí no me han dicho nada– respondía el reciente campeón argentino y agregaba: -Prefiero que me contraten y poder quedarme en esta ciudad por un tiempo– lo deseaba convencido con la certeza que el dinero se acababa y el regreso a Villa Mercedes era inminente.

A Pancho no le interesaban las disputas internacionales ni la política argentina. Él necesitaba afirmarse en alguna actividad que le diera independencia económica y el deporte amateur sólo le prometía recurrir a la generosidad de la gente y seguir trabajando en la quinta de su padre.

Un año antes le había pedido a su padre que intercediera con un político amigo para que lo nombrase de maestro. Su padre le respondió que Landaburu, ése era el apellido del político, estaría dispuesto a ayudarlo pero según su criterio debía agotar su carrera deportiva previamente.

-Nunca se sabe hasta dónde se puede llegar cuando se está en el camino- sentenció Francisco, y Magdalena desde su silla veneciana dijo:

-Hacele caso a tu padre. Habrá tiempo para pedir un favor a don Landaburu.

El tren salió rumbo al oeste puntualmente. Pancho miraba por la ventana del coche comedor el incesante desfile de edificios de la gran ciudad. Como tantas otras veces se debatía entre sensaciones contradictorias. Le apenaba dejar Buenos Aires, pero tenía ansiedad por llegar a su ciudad pequeña, reencontrarse con familia y amigos. "Quizás el deporte no sea la salida que busco. Soy campeón argentino, me enorgullece pero seguiré dependiendo de otros, necesito trabajar, apuntalar mi futuro", pensaba.

El tren llegó a Villa Mercedes con atraso, cerca del mediodía. Pancho sacó del portaequipajes su valija de cartón con varias vueltas de hilo sisal para mantenerla cerrada. En ella traía algunos regalos, recuerdos y trofeos. En el andén había mucha gente y una banda de músicos ejecutaba marchas sin parar.

Al descender fue recibido por Tello Cornejo.

-¡Qué alboroto!– exclamó Pancho -¿Quién viene en el tren? ¿El presidente?

-Te están esperando campeón ¿sabés que sos el primer campeón nacional de esta provincia?

Ya no pudieron hablar más porque las autoridades, el público y la banda lo rodearon. Lo abrazaban, le daban besos y la banda tocaba aún más fuerte.

Fue una fiesta y otra fiesta en la casona de la Quinta. Pancho se preguntaba si merecía tanto y se respondía como siempre: "Por tener un brazo fuerte me parece una exageración".

En los días siguientes realizó exhibiciones en el Club Jorge Newbery. En una de esas exhibiciones hizo un tiro magnífico y el platillo cayó a escasa distancia del límite del terreno.

-No lo puedo creer- dijo Milone.

El Mudo Cacace abrió los ojos como platos, asombrado.

-Increíble, pero esta marca no se hubiera homologado, corre demasiado viento. De cualquier forma te aseguro que el año que viene estarás en las Olimpíadas de Berlín- afirmó Tello Cornejo.

Veinte días más tarde de ese recibimiento popular, Pancho recibió un telegrama del Comité Olímpico Argentino. El Comité le hacía saber que había sido designado para concurrir a las Olimpíadas que se realizarían en Alemania en 1936, recomendándole que debía viajar a Buenos Aires donde se le harían conocer más detalles.

Sintió gran alegría por la noticia, que regresaría a Buenos Aires aunque fuera por pocos días, pero permaneció indiferente ante la designación recibida. A su entender un viaje de esa naturaleza no le traería beneficio en su objetivo de lograr independencia económica. Tanto así que al entrevistarse con Tello Cornejo para hacerle conocer el nombramiento

se quejó por las estrecheces que debería sufrir. Tello Cornejo le dijo:

-Hermano, a usted le preocupan las pequeñeces. La gente lo ayudará.

-Estoy cansado y avergonzado de la beneficencia social. Soy maestro y si ejerciera podría afrontar mis gastos.

-¡Por Dios Pancho! Tiene la oportunidad de ingresar a la historia. Vaya y acepte. Déjese de cuestionamientos. Déle una buena lección al bigotito de alambre.

-¿A quién?- preguntó Pancho.

-A Hitler hermano, a Hitler– respondió Tello Cornejo molesto con la ignorancia o la falta de interés por la tormenta que amenazaba el planeta.

Ese día cenaron juntos. Cerca de medianoche Pancho se despidió y comenzó a transitar la calle Tucumán hacia la quinta.

Al llegar a la casona vio la cocina iluminada por un sol de medianoche. Francisco, su padre, estaba sentado a la mesa con una fuente de papas fritas y huevos fritos.

-Hola hijo… ¿Quiere? … Tenía un hambre feroz.

-Quiero papá, pero déjeme que frite más.

-¿No cenó?

-Por supuesto. En lo de Tello. Dos cenas son mejores que una.

Al terminar de cocinar se sentó.

-¿Cómo se siente?

-Bien papá.

-Yo no lo veo así. Lo noto preocupado y algo tristón.

-Tiene razón.

-¿Y eso por qué?

-Necesito un trabajo. ¿Hasta cuándo viviré de usted y la caridad pública? No se ofenda papá, pero insisto, déme una mano con Landaburu.

-Gran persona y amigo- resaltó Francisco. -Puede estar tranquilo. Si lo puede ayudar lo ayudará. Le escribiré una carta y usted se la entrega cuando vaya a Buenos Aires. Ya es dueño de decidir. Yo abandoné a mi familia a los 18 años, cuando decidieron regresar a Francia. Usted tiene 19 y si bien me resulta difícil entender su deseo de apartarse del deporte en donde ha tenido éxito, sé que cada persona tiene derecho a manejar su vida. Dios lo ayude hijo.

-Gracias papá.

-Nada que agradecer, usted es un adulto y fabricará su futuro, para bien o para mal. El tiempo le dará la respuesta. En mi caso jamás me arrepentí por quedarme en la Argentina.

-¿Quiere comer algo más? - preguntó Pancho.

-Fíjese en la alacena y alcánceme un frasco con dulce de los que hace Magdalena.

Pancho viajó a Buenos Aires en la semana siguiente de esta conversación. Necesitó dos días para ser atendido por un dirigente del Comité Olímpico.

El hombre le dio un apretón de manos y lo saludó con la frase. ¡Bienvenido campeón! Lo invitó a sentarse e hizo lo propio escritorio de por medio.

-¿Listo para ir a Berlín?- preguntó y sin esperar respuesta -¿Sabe dónde queda Berlín?

-Soy maestro- se limitó a responder Pancho.

Por un momento permanecieron en silencio. El dirigente evaluaba a ese personaje que tenía enfrente de físico musculoso, tez enrojecida y ojos verdes. Mientras lo miraba recordó que la ficha leída antes de la reunión consignaba: "19 años, maestro, sin antecedentes negativos, reciente campeón argentino en lanzamiento de disco, padre francés."

A su vez Pancho pensaba si ese hombre sabía dónde quedaba Villa Mercedes, y por qué no la provincia de San Luis. Los porteños, reflexionaba, solo se ocupaban de la Capital Federal y de las provincias más importantes.

-El viaje es en barco- dijo el dirigente. -Veinte días de ida y otros tantos de vuelta, más una estadía de un mes por lo menos en Alemania. En el mejor de los casos en dos meses estaría de regreso ¿Dispone de ese tiempo?

-Dispongo de ese tiempo y más. Todo depende. - respondió Pancho.

-¿Depende de qué?

-De las condiciones económicas.

-Usted sabe Sallenave, que del costo del pasaje, la estadía y la ropa deportiva nos hacemos cargo. Usted no paga nada. Es un reconocimiento

a su esfuerzo. Obtener el Campeonato Argentino no es moco de pavo. Sobre todo con la marca que lo logró. ¿Su apellido es francés?

-Sí, mi padre nació en la Vasconia francesa.

-Lo sabía. Su ficha trae ese dato, pero quería permitirme una broma. Entre lo que pagamos se encuentra el seguro personal de atleta por accidente o muerte. En su caso deberíamos duplicarlo porque Hitler no se lleva bien con los franceses o sus descendientes.

Pancho sonrió por compromiso.

-¿Contamos con usted?– preguntó el dirigente.

-Reitero: depende. Necesito saber con qué dinero dispondré.

-¿El viático? Por supuesto que tendrá viático– dijo el dirigente -y mencionó una cifra ínfima.

-Lamento el trabajo que se han tomado por mí. No iré a Alemania. Tengo otras urgencias. ¿Necesita que le firme algún papel para constancia de mi negativa?

Al día siguiente ubicó el domicilio de Landaburu. El hombre lo recibió con alegría.

-Me da gusto conocerte. Parecido a tu padre. ¿Cómo anda él? ¿Cómo se porta el francés acriollado? Somos muy amigos con tu padre. Ahora no nos vemos tan seguido. Hay mucha distancia entre Villa Mercedes y Buenos Aires. Y estamos algo viejos. ¿Te ha hablado de mí?

-Mucho señor Landaburu.

-Peleamos duro juntos. La política une y desune a la gente. A nosotros nos unió. ¿Sigue siendo conservador?

-Sí señor. Aunque se ha alejado de la política activa. Dice que su tiempo ya pasó.

-¡Qué va a pasar! Acaso el país no está dirigido por los liberales, los radicales son pasado ¿No te parece?

-Señor, no sé nada de política.

-Debí imaginarlo. He leído en el diario que sos campeón de atletismo. En fin… ¿Qué te trae por aquí?

-Mi padre le ha enviado una carta.

-Dámela.

Leyó con atención y releyó con la misma concentración.

-¿Así que querés ser maestro? Nuestro país tan grande, necesita maestros. Decile a tu padre que me ocuparé del tema. Decile también que vuelva a hacer política aunque le duelan los huesos. Dale un gran abrazo. ¿Querés tomar un té?

-Gracias señor, y si no le molesta cuénteme qué hacía mi padre cuando era joven. Sé que criaba ovejas y se ocupaba de un campo pero de la actividad política sé muy poco.

Pancho regresó a Villa Mercedes. Por primera vez no se sentía confundido. El atletismo le había dado amigos y alegrías pero comenzaba a ser pasado. En su bolsillo llevaba el decreto que lo designaba maestro en Bagual, un pueblo pequeño en el sur de la provincia de San Luis. Allí se ubicó en el mes de marzo de 1936 y en abril del mismo año comenzó a dar clases. Le gustaba hacerlo, relacionarse con los niños y de vez en cuando ir hasta Nueva Galia a divertirse con otro maestro de apellido Barbeito, de quien se hizo muy amigo. Pedían una zorra prestada en la estación de tren y por las vías llegaban a Nueva Galia para asistir a un baile o a una kermese.

Años más tarde, dos o tres, fue trasladado al Bajo de Véliz, que por ese entonces tenía unos pocos ranchos y una escuela maltrecha. El lugar está ubicado en el norte de la provincia, a pocos km de Santa Rosa del Conlara. Se llegaba por una huella a lomo de mula. El lugar sorprendía porque el viajero se iba acercando a la montaña e inesperadamente la huella se hundía en forma casi perpendicular. Pancho se había establecido en Carpintería y desde allí salía los lunes por la madrugada hacia la escuela donde había sido designado y permanecía hasta el viernes a la noche o sábado a la mañana. Aprendió a dormir con un dosel de arpillera sobre la cama porque del techo con ramas se lanzaban todo tipo de insectos y en algunos casos hasta víboras. Recibía a los alumnos que venían de kilómetros, les enseñaba, les hacía de comer, guisos, sopas y pucheros, los higienizaba y especialmente los libraba de los piojos con algunas quejas de los padres a los que no les gustaba que sus hijos fueran lavados con un líquido que despedía un fuerte olor.

En el tiempo que le quedaba libre juntaba fósiles, ya que el lugar

era y aún es, un yacimiento importante de especies endurecidas en la pizarra montañosa por el paso de los años. Estos fósiles los coleccionaba en cajones de madera y cada tanto los cargaba en una mula para llevarlos a Carpintería.

¿Y su carrera deportiva?

En el pasado. No pensaba en ella aunque mantenía la costumbre de hacer una hora de gimnasia diaria.

Con su esposa tuvieron dos hijos, quienes en la niñez se ocuparon de jugar con los trofeos y medallas ganados y con los fósiles coleccionados acabando con ambos.

Pancho tampoco hablaba de su época de deportista. Al instalarse en la ciudad capital de la provincia, profesores de educación física y algunos fanáticos lo visitaban para preguntarle sobre esa época y le comentaban que su récord cuyano seguía vigente pese a los años transcurridos. Él respondía que se practicaba menos el atletismo y que su carrera no tenía nada de excepcional.

Esa desmemoria no tuvo en cuenta la obstinación de Edmundo Tello Cornejo que seguía guardando en su importante biblioteca notas, trabajos, marcas, reportajes, fotos de quien fuera gran amigo.

Pancho falleció en 1999, después de emprender varios desafíos. Tenía 82 años. Fue entonces que el hijo varón, ya adulto, conoció a Tello Cornejo, quien le relatara la hazaña de lograr el Primer Campeonato Argentino para la provincia de San Luis.

-Fue una lástima que abandonara el deporte- decía Tello Cornejo. -Hubiera llegado a ser mundial. En una exhibición logró una marca superior a la ganadora de las Olimpíadas de Berlín. Ese día corría viento a favor, lo reconozco, pero tu padre lo hubiera logrado.

Tello Cornejo lo invitó años después a una cena que se realizaría en el Palacio de los Deportes de Villa Mercedes donde se reconocería a los atletas más importantes de la ciudad y se designaría al mejor deportista del siglo.

La fiesta fue multitudinaria. Al llegar el momento de designar al deportista del siglo, Tello Cornejo le apretó el brazo.

El nombre de Francisco Sallenave electrizó al hijo.

-Vaya a recibir el trofeo- ordenó Tello Cornejo con ojos acuosos por la emoción.

El hijo subió el podio temblando con las piernas flojas.

Al recibir la distinción agradeció a autoridades y público, con voz quebradiza. Pensaba en su padre, un hombre que amaba la vida porque le permitía ponerse diferentes metas y conseguirlas, sin detenerse.

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de Julio de 2014
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas